

Elipse de los Tiempos

Pedro Sevylla de Juana

Ilustración de portada: *Tiempos y espacios interestelares*

Pedro Sevylla 2012, Técnica digital

© Pedro Sevylla de Juana

© 2012 Bubok Publishing S.L.

ISBN papel:

ISBN ebook

DL:

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por Bubok

La desilusión vive una calle más allá de la ilusión; por eso llega un poco más tarde.
(Cesáreo Gutiérrez Cortés)

Al presente, dragón inmortal que se alimenta de futuro y, al digerirlo,
lo transforma en pasado.

Índice

- Pág. 9.- Amanecer de amaneceres
Pág. 33.- La excentricidad de mi órbita
Pág. 79.- Dispersión y búsqueda
Pag. 121.- Amor de amor enamorado
Pág. 143.- Intemperie de dudas y misterios
Pág. 185.- Disidencias
Pág. 215.- Epílogo

Amanecer de amaneceres

UNO

En su propio final inalcanzable
se enraíza el imposible principio del tiempo
y los bordes del espacio se alejan a la velocidad de la luz
siguiendo los treinta y dos rumbos de la rosa de los vientos.

La eternidad es el tiempo que tarda la luz en recorrer
el espacio infinito,
la infinitud es el extremo espacio
que la luz alcanza en su eterno recorrido;
se explican juntas ambas,
la una sin la otra
no son nada.

DOS

Al principio, incluido el trascendente aquí,
ya poseía el espacio su completa magnitud sobrada;
y el tiempo, crecientes carriles del devenir,
avanzaba inexorable hacia el hoy y hacia el mañana.

En el principio, tiempo y espacio protegían,
justificando su propia existencia,
a la inestable energía

La energía fue transformándose en materia:
miríadas de mundos,
montañas, desfiladeros, lagos, mares, estepas
cantos rodados, musgo, lagartos;
y la materia adquirió su forma tan diversa.

Materia y energía,
en su cópula engendraron,
sístoles y diástoles,
el primer hálito de vida.

TRES

La vida vagaba sola en el charco finito
a la espera de una divinidad emprendedora
de unas reglas que aportaran sentido,
que añadieran a su esencia el deseo de saber,
la capacidad de crear y el raciocinio;
milenarios iban a tardar aún arcilla y voluntad
en formar pensadores que se pusieran a ello con ahínco.

En el incierto maremagno de los atardeceres rojizos
de los amaneceres exentos de impurezas,
los mundos se alejan unos de otros presurosos
empujados por el frenesí de su carrera.

La razonable lógica marca a las leyes naturales la andadura
y por sus carriles definidos serena va la evolución
dedicada a la mejora permanente de todo lo anterior.

CUATRO

Telúrico vientre domicilio de embriones
útero terreno
origen del origen primero.

Cruzando los umbrales más profundos
se unifican planetas y electrones,
porque todo se concreta en uno
lo de arriba y lo de abajo
lo enorme y lo minúsculo.

El día y la noche
las frías nieves y el carbón ardiente
el bien y el mal
estaban en los inicios muy unidos
lo superfluo y lo esencial
lo sólido y lo líquido.

Rojo y negro eran un solo color
izquierda y derecha un mismo lado
espalda con espalda convivían
iguales y contrarios.

En los códigos genéticos de los peces y los saurios
luchaban por la posterior evolución
simios y humanos.

Catedrales góticas y conmovedoras puestas de sol
bullían entre animosos sentimientos solidarios
y disparos dirigidos a la multitud alborotada
por miles de tiranos.

CINCO

No podía durar eternamente la concordia
la tensión crecía como en caña arqueada
como en volcán activo,
las identidades de cada animal, de cada planta
de cada pensamiento o acción
se perfilaban.

La explosión liberadora
fue la consecuencia natural
y cada elemento encontró su relativa posición:
el cazador y la liebre

el adjetivo y el nombre,
alborada y poniente.

Rescoldo de volcanes,
gris y pardo amanecía
duras las formas,
desabridas.

Dio comienzo el orden de las cosas
gobernado por rígidos preceptos
cuando las pesadas rocas
lograron diferenciarse del légamo.

SEIS

Tierra y cielo se separan,
noche y día,
roca y agua,
empuja la llanura a la llanura
alzándose elevadas las montañas;
surgen páramos y montes en una de esas telúricas disputas
y los dioses ponen en Valdepero su mirada.

Corteza y médula calizas,
señaladas como punto de arranque del Universo
por investigaciones exhaustivas;
en el tibio y asentado Valdepero
tuvo comienzo la marcha inexorable de los días.

Divulgó el Cierzo origen tan remoto
y Valdepero me habita desde entonces, me enamora,
me vive y me muere,
me transforma;
perfila mis labios y llena mi boca.

SIETE

Potenciando millones y millones
de veces el astral centelleo
con la lente pulida
del transparente hielo
se creó la luz de amanecida.

Unieron sus esfuerzos Sol y Luna
generando la evidencia cotidiana
cenit ferviente, ambigüedad nocturna
y la verdad nació de su imagen reflejada.

OCHO

Sosegada, selectiva,
imparable la vida se potencia,
sociedad de elementos,
celosos de su esencia.

Tierra de Campos,
Cerrato;
valles, páramo, llanura;
y Valdepero,
piedra angular, síntesis, columna.

En lugar tan lleno de verdades, límpida mirada,
he nacido;
cosecha perdida entre los dedos, agotados veneros,
equilibrio.

Las últimas encinas del monte confinan el espacio
alrededor no hay nada:
un agujero informe y vacío,
una liviana noche de soledad,
el profundo abismo.

Un suelo sin piedad, un cielo azul cruzado de gorriones
un siglo y otro iguales,
el firmamento apoyado en el páramo y el monte
y sobre él
la eternidad de los días cercados por las noches.

Nada ni nadie fue capaz de doblegar a las espigas
y menos aún de desgranarlas,
las raíces eran habitual alimento
y el gélido frío inseparable compañero.

Resulta extraordinario que en tan adversas circunstancias
floreciera una especie humanizada
capaz de llorar ante el crepúsculo
y de sonreír al alba.

NUEVE

Me inquietaba el panorama de la primera palabra
y adoré a la Tierra fértil
hasta saber que era infecunda sin agua.

Adoré al Agua descubriendo que es cosa del Sol
la inexplicable magia
de la evaporación.

Adoré al Sol ignorando
que su hoguera arde con llama viva
porque el soplo huracanado del aire
enciende su calor, la luz y la energía.

Y adorando al Viento fugitivo
descubrí la gran mentira
del señuelo divino.

DIEZ

Como estaba previsto desde antiguo
macho y hembra tomaron el hispido sendero
-él detrás, ella delante-
y fueron a parar a un mismo invierno.

Estable arcoiris sobre el llanto
acero inflexible hacia el olvido
ánfora formal de bálsamo agitado;
desbordando amor comprometido
la mujer toma al varón a su cuidado.

Arroyos, charcas, bebederos de pardales
veneros de Ices, Mambres y la Mocha
campos de liebres, choperas, cañizares
laderas minerales y canteras mondas y lirondas;
completan el mundo más estable
en un millón de años luz a la redonda.

El chaparrón copioso ha trasportado a la profunda
hondonada del mar
más de un palmo de altura
y más de dos
de corteza desnuda;
la erosión perseverante,
impertérrita ladrona
con avaras garras de garduña
del mantillo fecundo la despoja.

Campo de nutricios cereales:
trigo, avena y cebada
la lluvia aparece de tarde en tarde
cultivados sembradíos de cosechas parcas;

el mustio seco muerde ovejas con dientes de hambre
y sufren sus dentelladas la pesca y la caza.

ONCE

Las especies vegetales se cuentan con los dedos
y no es más copiosa la fauna, no;
ni mucho menos.

Sirven de asiento a las piedras
tierra parda en los llanos,
marga gris en las laderas.

Costrollo,
ligaterna, rana, barbo, liebre:
de no ser el viento carente de voluntad,
en lo concreto y lo abstracto nada más se mueve.

Chopos, cardos, cereales;
encinas, gatuñas, zarzas;
fauna y flora elementales
sustenta la tierra árida.

Pobladoras, repobladoras,
de número incontable, las hormigas
-insectos de paradigmática conducta
que aplastamos impasibles-
nacen sin haber sido consultadas
trabajan con asombrosa intensidad
guardan la escasez para épocas peores
se reproducen siguiendo los dictados más profundos
y reciben a la muerte en ropa de faena
como si fuera la compañera del siguiente turno
que las releva a diario en la tarea.

Tierra de pinceles y de versos
Valdepero ofrece unos pocos colores
pero tonos,
cientos;
gris y pardo de la tierra, los más sencillos,
y el arrogante azul del cielo
que el blanco ha pervertido.

Aromas de la arcilla mojada y del pan recién cocido
de hierba acabada de segar
de mies humedecida de rocío.
Huele el monte a tomillo y a espliego
a camomila y a salvia,
y la ladera a romero;
a hinojo la lindera del huerto,
a hierbabuena
y a orégano.

DOCE

Sin lluvia,
en primavera sólo florecen las palabras:
voces de secano, mucha profundidad y poca altura
llanas,
agudas.

El viento impregna de polen las palabras;
y los signos, inertes,
con ayuda de la voz surgida en la garganta,
se activan,
se vuelven acantilado abrupto frente al mar
orilla cercada de moribundas olas
pez que perfora las aguas atraído por el anzuelo sin cebo
mano de amante peinando inmensidades mórbidas
desnudando finísimos cabellos.

Las palabras identifican lo incógnito
lo fijan al espacio y al tiempo
y se convierten en brebaje exaltador de ánimos
en bálsamo que apacigua las violentas sacudidas
del seísmo interior de los humanos.

La palabra dicha es un son efímero
la palabra escrita es un leve trazo;
sin embargo, por la palabra se mata
por la palabra se muere, sin embargo.

TRECE

Moldeó el río sus meandros,
lecho abierto,
guijarros;
cabalgó la madrugada hacia formas más precisas
fuimos muchos para las escasas liebres
y levantó hermano contra hermano la codicia.

“Que inicien el ataque los arqueros
caigan después los de a caballo
terminen los infantes la refriega”:
con voz profunda y con aplomo
exclamó vigoroso el estratega.

“Los muertos recogidos detrás de la línea de partida
no alcanzarán el ansiado paraíso”:
sentenció iracundo el druida.

No hubo victoria que admitiera tierna a los pacíficos
heridos por las armas de uno y otro bando
ni lecho de plumas
que distinguiera a los inválidos.

Fueron los pícaros
quienes reivindicaron el triunfo
logrado por los recios;
y para premiar a los héroes innúmeros
insuficientes resultaron los cielos.

CATORCE

Cuando las leyes exigieron enterrar los cadáveres:
los carroñeros -aves y mamíferos- hicieron patente su rechazo
desbaratando el embuste de la propagación de enfermedades:
era su cometido y un día con otro lo llevaban a cabo.

Nacidos del mono,
derivados del saurio,
hechos a imagen y semejanza de los distintos dioses
o forjados por la propia voluntad;
los humanos resultantes de la diversidad de brotes,
seguían al tiempo en su discurrir por las infinitas eternidades
tras una Verdad inasible que reptaba en las laderas del Orbe.

Las cavilaciones del pensamiento liberado
produjeron dos teorías contrapuestas,
y tras cada una de ellas formó un bando.

Cargada de pesimismo

la primera:

el mundo es redondo para que nuestro éxodo no acabe;

la otra trata al Demiurgo con enorme indulgencia:

para acoger nuestra marcha sin final

creó la esfera.

Actúan enfrentadas

porque son simétricas.

QUINCE

Insistía mi cabeza en dar vuelta a las ideas
tratando de encontrar explicaciones:
el cómo y el porqué de la expansión primera
el azar y su sonrisa sorprendida
la gran casualidad de la existencia
-aminoácidos, paramecios, margaritas-
en el círculo que con la explosión comienza
transformando en masa la energía
alejando y atrayendo la materia.

Intuí alineados los incesantes ciclos
uno tras otro sin el menor contacto
llenando paso a paso el vacío de los siglos.

Supe que en ocasiones mínimas
se dan las caprichosas circunstancias
generadoras del germen de la vida;
y en las demás no hay nada,
desiertos de soledad y lejanía.

Iba por añadidura mi agudeza
a escudriñar el despoblado patio interior
los muros insalvables de la cerca
la insatisfecha magnitud de necesidades y caprichos
y la angustiada escasez de mi alacena.

De repente llegó la primavera
y la naturaleza entera se levantó frotándose los ojos;
un rictus luminoso
mostraba en los labios distendidos,
y llena de energía,
dirigiéndose a los animales todos
a todas las plantas

-con la voz de mil garañones,
de todas las hembras preñadas-
gritó una sola consigna que espoleaba los ánimos:
¡Adelante! ¡Seguidme!

DIECISÉIS

Tanta sed ahogaba mis cultivos
que di nombres de agua a las peñas
a las tierras cuarteadas por el estío
a las raíces resacas.

Crucé el carnero con la cabra
y a su debido tiempo nació un rumiante
dotado de ubre rica y poderosa quijada.

Partiendo de proyectos experimentados
construí mi casa:
uno a uno coloqué los pensamientos nobles
una a una las esperanzas fundadas,
piedra en los cimientos, arriba tapial y adobe,
teja bajo el ígneo sol y las noches estrelladas.

Mil sueños espantó la madrugada
despojados de manto
y con el millar de mantos que me facilitó su escapada
alfombré el suelo tachonado de guijarros.

DIECISIETE

Vinieron de visita,
conquistadores,
se quedaron un tiempo
y, conquistados,
se fueron.

Arqueo equilibrado
de todos aprendimos
a todos enseñamos.

Evolucionó la liturgia de los ritos
y en la ceremonia de la nueva alianza
entrega la novia cuatro llaves al muchacho elegido,
mientras el enamorado ofrece a la desposada
cuatro vistosos lirios.

Sobre lecho de pétalos y estambres
la primera luz, hija del alba,
macho y hembra los descubre amantes.

Donde hubo un joven tímido
y una pudorosa doncella,
aparecen un cazador incansable
y una atractiva compañera
que con sus manos suaves
lleva firme las riendas.

DIECIOCHO

De fuera llegaron deidades nuevas
y a nuestra imagen las esculpimos
con el buril de las conveniencias.

Creadora del Universo y de las Leyes Naturales
estaba sola Aiana en el principio,
diosa de la Felicidad y la Armonía
del Amor y el Equilibrio.

El tiempo parecía nuevo
cuando la flexible Aiana
puso los ojos en el juicioso Pergio,

original agricultor
primer labriego.

Entre las glaucas olas
de un tembloroso mar de avena
tálamo de gavillas recién segadas,
el humano y la diosa siguieron el amoroso ritual,
y desde aquella esplendente jornada
Pergio es inmortal.

Así como los labios de las personas felices
dibujan espontánea la sonrisa,
consecuencia del encendido Amor
se concretó Muradis,
señor de lo latente, de la existencia implícita
catalizadora esencia del latido germinal
tercer ángulo
lado concluyente de la Trinidad.

Pedregal baldío
campo cereal y monte bajo,
huerto seductor y hortelano seducido;
remoto y resistente anclaje
me ofrece el tronco primitivo:
porque hijo de Lucio y nieto de Pedro
tras diez mil novecientas veintitrés generaciones
procedo de Pergio.

DIECINUEVE

Emoción y lógica caminaban juntas
-humanas complementarias facultades-
codo con codo por valles y llanuras,
y el hombre resultaba invulnerable.

A veces el pensamiento parecía tomar la delantera,
hasta que el sentimiento avanzaba decidido
alcanzando una ventaja manifiesta.

Beneficiarios de la emoción
los poderosos
rompieron el frágil equilibrio,
y la obediente muchedumbre siguió los rígidos carriles
que conducen hacia bastardos objetivos.

Desde lo alto del pico Taragudo
-de todo lo existente punto de partida-
más allá de la llanura descubrí el futuro.

Contemplé el futuro y hallé una rendija
por la que observando detenidamente
al clarear el día
se veía el presente.

Y la constatación del hecho
tantas veces sospechado
me convirtió en escéptico.

VEINTE

Escollo rodeado de fanegas de vida,
atolón ceñido por movedizos brazos
que mecen la imagen cristalina
de los hipocampos machos
incubando huevos de mil hembras tímidas;
en la planicie densa, en la meseta dura
en las laderas que circundan esta tierra mía
encontró el mar su sepultura.

En este páramo de sólidos cimientos
-astillero de varados navíos
cantera abierta de románicos templos
góticos castillos
palacios solariegos
campaña de pedruscos blanquecinos-
hubo empinados oleajes allá en el pleistoceno.

Puedo bucear sus recovecos, lamer la sal bajo las piedras
escalar acantilados y rompientes
ojos cerrados de mirada interna.

En esta piedra alta,
en esta altura pétreo
se enterró mi mar cargado de sustancia,
océano de vida alargada en treinta siglos y más de mil
proezas.

Bajeles y goletas,
corsarios y bergantes
aliados del viento nocturno y de la luna
sangrientos abordajes
y entierro de fortunas
en la arena incontable.

Hubo galernas y naufragios,
percibo aún las quillas hundidas en la niebla
sombra prieta de encinares cuajados
monte bajo de liebres y culebras.

Camino a tientas entre las turbias olas
espumas que enyesan la tierra de labor
y agitan indómitas palomas.

Mi boca hambrienta de esturiones y merluzas
da salobres mordiscos de amapolas,
dientes que ponen la intención en la captura
y escondidos en el beso te devoran;
mar interno, mar de altura
amante inmensidad inquieta y mórbida.

Trigales encañados te agitan de vaivenes
cuerpo de mujer, tibia humedad,
vegetación activa
ondas, mareas y corrientes
tantas y tantas veces repetidas.

Laminarias, espirulinas, ligaternas
esturiones, fucos, alhelíes
albacoras, lubinas, yeguas
raposos, toros y delfines.

Estrellas de mar ondeantes
son las estrellas vespertinas
y las redes se inflaman de bocartes,
doradas espigas
ortigas, tomillo, rape,
nenúfares flotantes y sirenas dormidas.

¡Es mi tierra!, exclama mi garganta muda
y aquí, precisamente en estas rocas,
en mi desierto de espinas maduras,
durante tres milenios no olvidados por mi larga memoria
hubo baños tibios y doncellas desnudas.

Mis líquidos orígenes, mi casta de marino
descubro en el cuenco inundado de las manos
caldo de cultivo en minerales rico

tabón compacto o disgregado
gozoso de pestañas y de cilios

¡Oh! mi mar de tierra
cuánto arado te rasga,
y qué somero penetra.

¡Oh! mi océano de piedra agraz
cuánta brisa hace falta para segarte
cuánto anhelo de eternidad
para arar tus campos abisales.

VEINTIUNO

Momento de cambios y mudanzas
vastedad de bronce, cenicienta geometría
en la presencia turbadora de Aiana
mi cerebro insomne la memoria activa.

Muestra un resquicio la cancela
luminoso tabernáculo del Ara
y penetrando en la negrura de la noche ciega
un rayo de su luz escapa.

Cruza tejados y azoteas,
discontinuos predios de cebada
sembradíos de maduras giganteas
campos de pasto y reses bravas
arroyos, trochas y veredas
llevando la verdad recién apuntalada
a las gentes más diversas.

Dispongo una entrega interesada:
licuados en mi boca los recuerdos
necesito vaciar el pozo a calderadas.

VEINTIDÓS

El nudo central de la inclemencia
se resuelve en verdes prados,
en pajizos colores el verano se reseca
se marchita el otoño en ocres arrebatos
en hojarasca, en hollejos, en corteza.

Ante las inestables gotas de rocío me conmuevo,
ante la diminuta niebla suspendida
celosía natural del Firmamento.

Granizo, escarcha, lluvia o nieve
persigo el agua cristalina
regeneradora y renaciente.

Quiero descender con la cascada
ser vapor de su vapor evaporado
ser espuma de agua golpeada.

Cae gota a gota la llovizna
paso a paso, rama a rama
desfallece palmo a palmo
grano a grano se desgrana.

VEINTITRÉS

Banderas y trompetas,
páginas abiertas de los libros;
cada cual a lo suyo, guerra o cordura
campo de batalla o caminos.

Astil tajado de las plumas,
sentimientos, intenciones, designios:
todo lo aniquila la crueldad de las disputas.

Arrasa la guerra poblados y cosechas
rompe los transparentes páramos,
domicilio del alba,
abandona rastrojos abiertos a la reja
arranca corazones robustos de lava
separa a los potros de la yegua
mata la vida en la vida engastada
modifica la liturgia y desparrama la miel de las colmenas.

Cada puñado de tierra,
oculta una gota de sangre:
venas confiadas en el llano
arterias sorprendidas en los valles
y en lo más alto del collado,
el corazón culpable.

VEINTICUATRO

Aiana, Pergio y Muradis
son recuerdos vagos en nuestros hijos;
ni una piedra en Taragudo revela la existencia del Templo
metales nobles y rosado mármol de su altar magnífico.

La huesera permanece,
no obstante,
repleta de osamentas:
toros y caballos ofrecidos en holocausto,
cúbitos, tibias, costillares, calaveras
pertenecientes a valerosos soldados:
muertos en ataque, muertos en defensa.

Ya es sólo un reducto, pero en otros tiempos
-robles de hojas caedizas, centenarias encinas-
un vasto monte cercaba Valdepero.

Ayudándonos del hacha voraz
y del táctico fuego de las guerras
descubrimos bajo el manto vegetal
la tierra gris, parda y reseca.

Hoy enterramos semillas cereales en los baldíos
quedamos expectantes de un cielo portador de nubes llenas
del surgir de un arroyo que riegue nuestros cultivos,
culpamos al clima de las calamitosas cosechas
y los sacerdotes ofrecen a los dioses sacrificios.

VEINTICINCO

Era el Cosmos una exhalación activa
alejándose presurosa de la explosión primera,
y mi tierra tímida,
anhelante de arado y sementera,
amorosa se abría.

A marchas forzadas se entibiaba el magma
los cuatro elementos arrancaban su ansiada autonomía
la justicia no era aún la gran falacia
permanecía enrollada la alfombra de los días
y mi tierra en celo esperaba intacta.

Por el espacio sin término
vagaban ígneas las gigantescas peñas,
iniciando los infinitos
y disímiles planetas;
el piar de los gorriones
ni siquiera era un proyecto,
y la fertilidad de mi tierra
crecía en silencio.

Se fue abriendo en surcos recipientes
la corteza inerte del principio
y con el aliento humano y el sudor de la frente
nació en ellos el austero trigo
amanecer de pan y de simiente.

La excentricidad de mi órbita

VEINTISÉIS

La luminosidad inmaculada del ambiente,
me permite visiones ignoradas
y lontananzas diviso sorprendentes.

Avanza en caravana lo existente,
buscando la igualdad con un rasero
que todo lo torna diferente.

Esta es una de esas mañanas,
llenas de luz, arrullos y surcos fecundados,
extraordinariamente escasas,
que aprovecha la vida para surgir en los campos,
apremiante y apremiada.

No caben la nieve ni el granizo,
y si llega la lluvia vendrá breve, fina y suave;
gotas esperadas como confites de bautizo,
como valiosos diamantes.

Todo es posible en mañanas tan espléndidas,
y los días decisivos
amanecen en ellas.

VEINTISIETE

Nací de la tierra,
del agua, del viento,
del ardiente sol de medio día;
nací de la voluntad, de la esperanza,
del perseverante amor a la vida.

En un afán inmoderado
de comprender los entresijos del mundo,
adelanté un mes mi llegada a la realidad esquiva,
litoral abrupto;
donde lo negro no es del todo negro
y lo blanco nunca fue muy puro.

Llegué inmaduro,
falto de cocción,
un poco crudo.
No sé esperar el tiempo necesario,
que el ejercicio ha establecido en los procesos,
y no lo remedian los fracasos.

Observando el semblante de los charcos,
mirada puesta en los cristales,
aprendo mi aspecto de animal humano,
complejo laberinto de cenizas y murallas,
desde la roca gastada que hace el pecho,
hasta el cartón disimulado de la espalda.

VEINTIOCHO

Un domingo a mediodía
de la cuadra partieron los brutos en columna.
Salían los diez pares en forzada hilera,
un caballo y un burro, mulos y mulas
a beber agua fresca del pozo en la pila de piedra.

Mi primera infancia jugaba en el pasaje,
y extravió la vertical ganada por el suelo,
gritando confusión al turbio instante.

De los morados belfos se desprendían gotas,
y el inquietante reguero de herraduras,

el bosque agitado de patas y de colas,
se licuaban en gestos de ternura.

Como nubes de tormenta ciega
obscurecieron el sol bajo su panza,
y una tras otra las bestias
-cascos que son alas-
me sobrevolaron;
cuidado maternal
comportamiento humano.

VEINTINUEVE

Los enigmáticos dioses de hoy y de siempre,
faros asidos a los más altos luceros,
perpetuamente insatisfechos si la tradición no miente
-pagodas, catedrales, mezquitas, sinagogas, beaterios-
con regocijo aceptan zalamerías y lisonjas de los fieles,
manifestándose atajo para los caminantes crédulos.

En las mañanas de los días de fiesta,
un buen rato antes de misa,
avanza el ermitaño de puerta en puerta.

Su mano izquierda sujeta un reducido altar,
una pequeña hornacina;
que acoge la imagen de la Virgen del Consuelo
sobre un pedestal hueco que sirve de alcancía.

La madre del niño enfermo,
la enlutada viuda
y la joven casadera;
ponen un húmedo beso en el cristal protector de la figura
y la moneda de un real en la ranura abierta.

TREINTA

La memoria desnuda alfileres como garras,
veo sus ojos en la buhardilla del desván polvoriento,
gato negro paseando las tejas mojadas,
avizor de inocentes ratones y gatas en celo.

Aire, tierra, agua y fuego;
pedernal y eslabón
se afana en la fragua el herrero.

La brasa viva,
la activa y amorosa llama,
llevan el hierro al rojo blanco,
y el forjador sirviéndose del agua,
del yunque, del martillo y de la fuerza de sus brazos,
da a la reja la resistencia necesaria.

TREINTA Y UNO

Se nos pierde lo propio en lejanía,
deshoja la amapola un suave viento,
reverbera la imagen de la espiga
y el otoño amanoja los sarmientos.

El pesimismo entre nosotros mora,
abundante experiencia da razones:
las desgracias nunca vienen solas,
son reatas de ganado
atadas las cabezas a las colas.

Basta presentir que la semilla ha germinado el surco,
para que la sonrisa se apunte en los labios confundidos
y retorne esperanzada la esperanza,
desdibujando el rictus habitual de escepticismo.

TREINTA Y DOS

Cuando la necesidad muestra los belfos
mi gente es solidaria,
y se conocen ejemplos
de la conducta entregada.

Llamados por el grito
de bronce de las campanas,
apremiante, hiriente, dolorido
angustioso toque de quema;
el devastador incendio de los sembrados marchitos,
armados de herramientas
congrega a los vecinos.

Se ignora por lo general quien deja,
herrada y sogá junto al brocal del pozo,
bebederos del campo y los renueva;
o quien allana en los caminos
baches, roderos, torrenteras.

Si un carro abocina y entorna en la ladera
o quedan presas sus ruedas en el barro,
fuertes brazos abandonando las tareas,
ayudan a las mulas a librarlo.

Acorazada de ilusión,
pletórica de miedos,
la experiencia de los míos rezuma realismo,
y saben que solo con esfuerzo
se da forma al destino.

TREINTA Y TRES

Tan alejado de las fórmulas didácticas,
tan rígido llega a ser mi adiestramiento,

colegio La Salle, hermanos de las escuelas cristianas,
que ahoga en mi pecho el sentir sincero,
borra el candor de la mirada,
sala la vega fértil donde arraiga el intelecto
y extirpa el afecto incorporado a las palabras.

Catorce zurriagazos sobre la espalda esquiva
-uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete,
pausa que lacera más que alivia;
ocho, nueve, diez, once, doce,
nueva pausa ofensiva:
trece y catorce-
catorce latigazos rayan rojeces en la piel lívida.

Yo era un muchacho travieso con un vislumbre rebelde,
quienes me conocieron lo saben,
un poco díscolo, atrevido e independiente.

Hubo frailes que me enseñaron a valorar
la amplitud del cosmos por encima
de las cortapisas inútiles
y las normas restrictivas;
y sayones con sotana que dañaron mis tímpanos
al forzar la entrega de la otra mejilla,
mientras mi boca magullada daba mordiscos rabiosos
a la pulpa tierna de la propia estima.

Mi ingenio inventivo, en un rincón del patio,
relataba historias y declamaba poemas
a compañeros y amigos pendientes de mis labios.

Varada en la ribera queda mi barca,
rencor dormido entre las redes,
lesión cicatrizada.

El transcurrir del tiempo todo lo torna positivo;
las sendas seguidas hacia abajo o hacia arriba
hacen por igual camino.

Se me opone el devenir de la existencia,
y descubro el tesón como un arranque
que la energía de los cíclopes en su ejercicio libera;
no hay vendaval, no hay brazo de gigante,
no hay quimera
que puedan sujetarme.

TREINTA Y CUATRO

Reparto en una cesta la ración de matanza,
el chichurro en un puchero;
y tantos amores tengo que no bastan
las quince arrobas del cerdo.

Los acontecimientos más notorios, ¡qué sutiles!
-niebla, etéreo tul- ¡qué breves!, ¡qué imprecisos!;
no conozco aún los detalles y ya el meollo olvido.

Por el contrario, hay hechos anodinos,
que se asen a la mente con todas sus fuerzas
y la memoria los mantiene vivos.

Me refiero a las sufridas lavanderas
-ropa sucia, azulete, jabón y banca-
camino de la turbia acequia,
buscando el cielo purificador del agua.

Hablo de la tajada de carne en la fiambarrera,
bamboleo acompasado de las alforjas,
sobre el ancho lomo y las ancas sueltas,

cansino regreso de la mula torda;
torta de anises, turrón de almendra,
el bocado que mi padre se quita de la boca en el barbecho,
me trae la fragancia de la tierra recién abierta.

Aludo a las tormentas de verano,
a los broncos truenos,
al fugaz relámpago,
al viento huracanado y al chaparrón intenso;
a los senderos quebrados
y al caballo Lucero,
que me aleja del peligro a trote lento.

Afirmaban los pedreros las calzadas calizas:
vara larga del martillo
lanzando esquirlas;
humanos golpeados devolviendo
los golpes recibidos de la vida.

Al aire, al aire que vibra en los oídos;
quiero leer al aire el manifiesto de mi sentir más arraigado,
porque dentro de mí bulle el hombre conmovido
y se agita el afectivo ser humano.

Me hiere la creciente escasez de los necesitados,
los progresivos excedentes de los ricos,
y tiemblo como nido de gusanos,
como epicentro sísmico,
como revuelto poblado.

TREINTA Y CINCO

Testigo fui
del lento discurrir por los caminos,
de las mulas con el carro,

el rastro y sus chirridos
o el tajante arado;
testigo fui del último giro de los trillos,
testigo interesado.

Observé rendido la agonía
de la cultura rural equilibrada,
arraigadas costumbres campesinas,
vencidas por la actividad industrial y ciudadana,
más fuerte, más eficaz, menos ingrata;
y conservé las imágenes postreras,
honda raíz, tibia nostalgia.

El milagro tantas veces repetido de la vida,
el reposado surgir del agua en los claros manantiales,
soledades, las leyendas y las rimas,
el padre Duero, el romancero gitano,
y las cárdenas encinas
en la trova gozosa y dolorida me iniciaron.

Las muchachas sonrosadas y las inquietas palomas,
ampliaron mi ideal de belleza perseguida,
iniciado por la frágil flor de la amapola.

Sin abandonar mis quehaceres me convertí en poeta,
y musa me dictaba loas dulces, amargas elegías;
versos formados de pétalos de rosa y humanas calaveras,
principios dispares que enmarcan biografías.

Poemas y relatos componía mi propósito;
palabras trabajadas con la obstinada insistencia
de quien rotura un baldío o puebla de árboles un soto,
pensando en las generaciones venideras
más que en beneficio propio.

TREINTA Y SEIS

Yo tenía una mula parda,
fuerte, mansa, noble
brava.

Y tenía un arado
con la mancera de haya
y el timón curvado,
ancha vertedera
y una reja aguda
para abrir la tierra

Yo tenía una mula parda
y tenía un arado,
y juntos, los tres,
nos íbamos al campo;
y en el campo abríamos surcos
y en los surcos sembrábamos el grano.

Yo tenía un carro,
varas de roble viejo
eje bien templado,
y su traqueteo
me aquietaba el ánimo.

Yo tenía una mula parda
y tenía un carro,
y juntos, los tres,
nos íbamos al campo,
traíamos la siega a la era
y la parva era un pan dorado;
oro la paja
oro el grano.

Yo tenía una mula parda
y tenía un arado,
yo tenía una mula parda
y tenía un carro;
y la tierra me daba
cien granos de oro
por cada grano.

TREINTA Y SIETE

Si la dulzaina se hubiera alzado en símbolo,
a fuerza de compendiar, de sintetizar los gritos;
el tambor encarnaría, indefenso,
los golpes recibidos.

Ondeando orgullosa en el otero,
de la autonomía hice bandera
personificada en los erráticos trilleros.

Abarrotado de mazos y de trillos,
hacían del carro su hogar,
su ambulante domicilio.

Eran más listos que el hambre,
comían pan de muchos hornos,
ignoraban el porqué, pero sabían
demasiado del cómo.

Mi admiración fue para el hojalatero errante,
idas y venidas desmigando
una jornada deslucida en cada sitio;
de la libertad amante,
como la libertad perseguido.

A semejanza de los señores bien educados,
mostraba la mínima expresión de tejido adiposo;
vestía con estudiada elegancia sus andrajos,
era desprendido, pródigo, independiente por encima de todo,
y moderadamente vago.

Ascendía difíciles peldaños, montaña del infierno,
capitán y polizón en su propio barco;
arrecifes, bajíos, témpanos de hielo,
calma chicha, viento de costado.

De una sola cosa estoy convencido:
las fortunas deben ser colectivas,
porque la existencia de un rico
mil necesitados determina.

TREINTA Y OCHO

Arenales,
canteras,
hornos de yeso,
adoberas:
hasta los constructores mediocres
dispusieron de excelente materia.

Padecimos penuria de arquitectos dignos de tal título,
dominadores de la vertical infinita,
de la inclinada sometida a la ley de los ritmos;
unos pocos alumbrados por la recta doctrina,
ocupados en elevar iglesias y castillos.

Fueron los albañiles quienes tomaron la iniciativa:
orgullosa piedra de las casas solariegas,
humilde adobe de las viviendas campesinas.

TREINTA Y NUEVE

Es absurdo imaginar la forma esférica del mundo:
a pie calzado, sobre mula lenta o en pesado carro
-noche, mañana y tarde-
el campo es llano hasta el cansancio.

Miradas de mi tierra que todo lo escudriñan,
ni las huidizas culebras
resisten la batida.

El costrollo es descubierto al salir de su escondrijo;
no hay abismos ni hondonadas
que sirvan de eficaz guarida o sólido cobijo.

Es fácil orientarse:
cielo e infierno,
risa y llanto
negro
y blanco.

Todo lo ven los ojos, todo lo oyen los oídos,
todo lo intuye el corazón, todo lo piensa el cerebro,
todo lo odia la envidia, todo lo ama el cariño.
Pasadizos de vidrio toman los fugitivos.

CUARENTA

Es nuestro entendimiento con la Naturaleza
-leyes y excepciones-
humedad que fecunda las semillas
y hace medrar tallos y flores.

Si no dominaran su ignorado imperio,
podrían trastocar la esencia de las cosas
el guarda del guarizo y el chivero.

Conocen voces mágicas, eficientes conjuros,
-palabras, gestos y cálculos arcanos-
que obligan a obediencia a los obstinados mulos,
incrementan la leche de las ubres y las crías de los partos,
hacen hablar de múltiples maneras a los objetos mudos,
y trascender cien veces potenciados
del fondo de la noche los apagados murmullos.

Nadie sabe más de vientos y remansos
que el avezado aventador de biello,
nadie entiende más de lluvias que el labrador de seco;
tienen los libros de la Naturaleza perpetuamente abiertos,
leen los volubles escritos de las nubes, a la luz
de las sombras más negras perciben los oscuros misterios,
interpretan las puestas de sol
y traducen los aullidos de los perros.

CUARENTA Y UNO

Qué bellos son los poblados
crecidos sobre colinas;
muestran sin pudor balcones y tejados,
buhardillas;
y ocultan por recato las calles arqueadas
los callejones angostos,
las puertas entornadas.

Conducen a los umbrales más próximos
las huellas húmedas que llegan del río
donde alegres muchachas lavan la ropa
y se bañan imprudentes los niños.

El cielo azul y blanco
tiene a pararrayos y veletas

tan sólo a un palmo;
y el viajero, cansado, piensa
mientras sube despacio
las empinadas cuestas
que desde el barrio alto
resulta fácil alcanzar las estrellas.

CUARENTA Y DOS

Infundo mansedumbre
a los perros que aúllan a los lobos,
a los lobos que atacan a los hombres
y a los hombres enemigos de los unos y los otros.

Lo mío es tender puentes,
investigar el móvil del deseo,
medir la altura de las miras,
analizar los ritos y los gestos.

En discrepantes visiones y actitudes,
soy conciliador y busco acuerdo;
la necesaria síntesis alcanzo
acercando las voluntades a los hechos.

“Lucha hasta el equilibrio” es mi divisa,
y es mi firma mi nombre lanzado en una flecha,
en busca de la cruz de la armonía,
vacilante,
equilibrada, activa.

El progreso cifro en avanzar,
en marchar hacia el objeto perseguido,
el arreglo a que tiende por entero lo existente,
inestable contrapeso sucesivo.

CUARENTA Y TRES

Temprano tuve pensamientos propios:
de principios, sensatez y dudas,
hice conveniente acopio.

La mitad del hombre indócil que me integra,
defiende un sí de lo más sólido;
y el resto tras un no sin vuelta de hoja se atrinchera.

Del anverso blanco hasta el reverso negro,
mi voluntad se astringe y se dispersa,
compartiendo el eterno drama del Universo.

Aguda espina,
piel sedosa;
soy contradicción,
perseverante paradoja.

Vivo la heroica,
la real y diaria vida doméstica,
del yo inconstante, del individuo altivo,
emocional, cándido y sublime;
afectuoso, pleno de prejuicios, agresivo,
servil, soez y corruptible.

Y la vida de la razón y el pensamiento,
universal y nivelada,
que todo lo mide y lo pesa todo,
perfecta, lógica y cuadrada;
facultada para destruir con el análisis
los firmes pedestales y las estatuas sólidas,
capaz de desnudar de ropajes ajenos
a verdades y mentiras en infiernos vecinos de la gloria.

CUARENTA Y CUATRO

Porque oigo piar a los polluelos
sé que el ave anida en el muro o la enramada;
porque veo llegar al vanidoso macho cargado de alimento.

Conozco que el viento inicia su danza sobre mi cabeza,
porque se agitan los penachos de los cardos
y escapa el humo de las chimeneas.

Reyezuelo privado de su cetro,
acentuada exaltación de percepciones,
observo mi conducta desde dentro.

Pétalo breve conquistado,
vehemente huracán,
propicios labios;
deseo de pinceles, arpas y cinturas,
brillo imaginado de los ojos,
murmullo sospechoso de penumbras;
complejo cosmos de inestable arena,
cambiante visión de la realidad,
que en el común de los casos es ajena.

En las incógnitas que la lógica decide desvelarme,
en la intuición apoyo mis sentencias,
porque los sentidos mienten como oscuros rufianes
y me informan según su conveniencia.

He de sumar,
por si no bastara lo ya dicho,
mi sospecha constante de inmaduros yerros,
olvidos de bulto y descaminos,
aún no descubiertos.

Fijan los libros la memoria como los pinos las dunas,
permiten ver el pasado más allá de su imagen desleída
y proyectan sobre el hoy la tanteada presencia futura.

En ellos leo que la piedra se hizo efigie,
que el oro fue adorado y la palabra
-mi postrer refugio-
resultó mil veces profanada.

¡Cuidado con la paz!, advierto:
tan modosita como parece,
se arma y se rearma en ella,
rencor y fuego,
la ominosa y execrable guerra.

CUARENTA Y CINCO

La profundidad de un espacioso alcorque:
cesta, caldero, ubre;
proporciona al árbol un tronco erguido
extremo asomado a las nubes.

Mi visión armónica del caos,
llevada al orden por la lógica,
y la evolución del pensamiento apoyada en los ensayos,
me han dictado al oído
un evangelio santo,
credo positivo,
corta relación de mandatos.

Consumiré recursos renovables,
planta, animal,
calor o minerales;
capaces de crecer
una, otra y otra vez.

Materias primas a mi alcance,
de los bienes que poseo:
herramientas,
vestidos, alimentos;
utilizaré lo indispensable
liberando el resto.

Caudal sobrante,
envoltorios o pellejos,
elementos residuales:
daré utilidad a los desechos.

He salido a la aventura sin mochila,
carente de un amarre que me una al terreno,
nafragada barca, águila abatida,
recordando el ejemplo
que dan las semillas.

Capaces de esperar en el desierto,
en condiciones extremas de sequía
-conscientes de su propia fecundidad,
seguras de sí mismas-
a una sola
gota de agua,
del tiempo inextinguible
la parte necesaria.

CUARENTA Y SEIS

El líquido que el lagrimal derrama,
no es ajeno al que brota de la frente,
y su esencia varía levemente,
del rocío fugaz que el sol inflama.

Del bosque el ojo abarca cada rama,
grandes problemas caben en las mentes,
no desbordan el mar cien mil torrentes,
nada teje la urdimbre sin la trama.

Cuando faltan atajos o desvíos,
recorro a la ferviente fantasía,
y las alas me libran de los ríos.

Todo busca la frágil armonía,
moderan los calores a los fríos,
lo blanco con lo negro se equilibra.

CUARENTA Y SIETE

No quiero llegar más tarde de las cinco a Valdepero
no quiero llegar más tarde de las cinco
no quiero llegar más tarde
no quiero llegar
no quiero
no
a Valdepero
no
no quiero
no quiero llegar
no quiero llegar más tarde
no quiero llegar más tarde de las cinco
no quiero llegar más tarde de las cinco a Valdepero
no quiero llegar
no quiero.

CUARENTA Y OCHO

Soy mis retrocesos cautos
y el animoso avance.
Soy la oscuridad que me oculta a los ojos del mundo

y el esperado rayo de luz que me pondrá
en el centro de todas las miradas.
Soy los sueños que atesoro y lo que resbala por mi piel,
los malos pensamientos y las buenas intenciones.
Soy la verdad que dije y la mentira
que pensé decir
para proteger mi fama de sincero.

Soy la vida y la muerte que hay en mí
y las injusticias que descubro,
las rutinas que me atan a los días
y las lecturas que desarrollan mi intelecto.
Pero nada es tan yo mismo
ni me hace sufrir tanto
como el deseo de alcanzar con las manos desnudas
los misterios del cosmos
desde las profundas raíces terrestres de mis pies.

CUARENTA Y NUEVE

La voluntad sube al estrado y arenga a todo el organismo:
riñones, corazón y bazo;
incitándoles a suplir cualquier carencia
y a desarrollar el potencial innato.

Es preciso mencionar la importancia de las manos,
con ellas elaboro admirable artesanía,
herramientas, arreos del ganado
y los conformes trazos de la caligrafía;
enérgicas aceptan compromisos, firman pactos,
y sedosas dibujan la suavidad de las caricias.

Sin llegar a los extremos del eremita o el asceta,
dedico largas horas a la meditación y al pensamiento;
ni flagelo mis carnes ni me nutro de yerbas,

gozo y sufro acompañando a mi tiempo:
soy un filósofo rodeado de niebla.

Con las excepciones asumidas,
la belleza del orden es mi meta,
libertad ajena a la forzada simetría.

Caben en mi mundo figuras insólitas:
cuadrado, triángulo, circunferencia;
todas las formas regulares,
las irregulares y sus mezclas;
y en cuestión de opiniones,
cualquier punto de vista me interesa.

No hay que marcar límites al desarrollo
más allá de los que estimen la experiencia,
el día de mañana y los otros;
porque somos un eslabón de la cadena,
el hilo conductor de la prudencia y el arrojío,
el fluir del río y el leño en la hoguera.

CINCUENTA

Suavidad de pétalos de rosa
y aromas del íntegro rosal,
del jardín pleno.

Se me ofrece la noche insinuante,
reservada y sugestiva;
voluptuosa doncella
que en su perturbadora danza
desnuda la epidermis de un intangible tul,
y enciende inquietudes y nirvanas
tomando de la luna la pálida luz.

Me atrae la noche enmascarada,
me fascina y me da miedo,
precipicio negro que amilana,
caverna revestida de misterios.

Añoro la blancura de las sábanas tendidas en la yerba,
ribera verde del río,
parva alta de la acequia;
y los sensuales lagarejos
pintados con uvas tintoreras
-doradas tardes de vendimia-
en la piel oculta de las muchachas tiernas.

Los rayos de sol nutridos de verano,
deshielan ventisqueros formados en noviembre;
y bajan los torrentes asidos de la mano,
desgastando las rocas disidentes
que se oponen a su paso.

Fiel a los principios y a los fines,
hago a mi lado los senderos,
incluso en los inhóspitos instantes
en que voy solo con mis miedos.

CINCUENTA Y UNO

Se muestran insensibles las agujas,
al suplicio generado,
a los tormentos;
los lobos idolatran a la luna
y el verdugo quiebra la continuidad del pensamiento.

Más dañino que la muerte: un breve tránsito,
un simple brinco sobre el apretado seto,
apenas la llegada de otro lapso;

más cruel que la muerte,
compañero de viaje, el sufrimiento,
lacerante se acerca al corazón humano
y sorbe con placer siniestro
la sangre que escapa de las venas,
la tela blanquecina de los tegumentos,
donde las vísceras se inquietan.

Quiero que el dolor salga de los sensibles nervios,
de las atribuladas células humanas,
que arda en el duramen de los leños
con chisporroteo de petardos y bengalas;
quiero que sea ceniza en las hogueras,
negra pradera después de la batalla.

Forman mi guarida los cárcavos abruptos,
y sorprendo con inquietud creciente
los arrítmicos jadeos de un resuello obtuso.

Si en la inminente aspiración el aire me faltara,
el flujo vital cesaría en un suspiro,
mas hay aire por fortuna hasta llegar al alba.

Soy grande cuando todo va conmigo,
pequeño si algo falla.

CINCUENTA Y DOS

Los fenómenos sobrevenidos sin corrección posible,
como el rayo que descarga la tormenta de energía,
o el volcán en erupción que libera impetuoso
la lava difusora de su incandescencia íntima,
son malos o son buenos
dependiendo de los puntos de mira.

Descubrir el aspecto positivo y potenciarlo,
sin perder instantes valiosos en inútiles lamentos,
es tarea de humanos avisados
que hacen del mensaje su instrumento.

La tragedia inflama el aire con frecuencia,
el corazón, rodeándose de escudos,
eleva las dificultades a la enésima potencia;
y el ambiente adquiere un color marrón oscuro,
tirando a heces de vino o a uvas secas.

Son de natural cobarde los problemas,
y cuando se les planta cara
se repliegan.

CINCUENTA Y TRES
Evidencias te anuncian
que apenas distingo,
te percibo en las nubes
y en el aire limpio.

Del silencio me llegas
improvisando una danza,
de infinitas abejas
blancas.

Vienes a mí mansamente
como la noche amiga,
y me cercas trazando
travesuras de niña.

Cuánto bien me hace la apacible tregua,
que abres en mi alma
al bajar dispersa.

Eres una y eres tantas,
tan ingenuas
tan iguales,
tan perfectas;
que la suma de todas
resulta incompleta

A la intemperie de tu cuerpo frío
sin horizontes, sin puntos cardinales,
desorientado me extravió;
sin referencias concretas que me arranquen
de la uniforme
diversidad de tu paisaje.

Tu inocencia se funde en mis manos tibias
y ya no vuelves
a ser la misma.

Nieve gélida,
porque te amo intacta
te amo efímera,
y pido al sol de enero
sus tenues caricias.

CINCUENTA Y CUATRO

Lo rígido me atemoriza: parapetos y barreras;
he roto formas: vasijas y troqueles;
me ponen en guardia, me atrincheran,
lo inflexible y permanente.

Constante agitación de corrientes y mareas,
barrera de cimbreantes colinas,
dispensa que se esparce y regenera
el tornadizo mar me sobrecoge y me cautiva.

Contemplo el cielo guateado de nubes de algodón,
concretas figuras modificadas a cada instante por el viento:
cúmulos en forma de monte, de pájaro o de flor;
nimbos hechos rostros, caballos, carámbanos de hielo;
estratos que exceden los márgenes de la imaginación.

Lo que va más allá del mediodía
y traspasado el crepúsculo no muere,
lo que acompaña al tiempo en su rutina,
se apodera del hombre, lo aminora y lo domina.

La evolución, el cambio,
el salto, la mudanza,
y lo que modifica su esencia,
reclaman mi atenta vigilancia.
De lo permanente huyo: la arrogante vida eterna.

Encomiendo mis viajes al tímido velero
asentado en olas sucesivas,
al ala frágil del avión ligero.

Agua o arena,
lo incontable es de mi atención objeto,
los páramos de estrellas
del chispeante firmamento.

En lo fugaz tengo mi suelo,
lo huidizo me ofrece su morada,
columna, pared y techo.

Gredas sirven de base a los cimientos,
charcos de las recientes lluvias,
todo lo inestable: el invierno.

Por el momento al menos
no creo en nada fijo;
sólo en lo efímero,
en lo temporal, confío.

CINCUENTA Y CINCO

Hubo un tiempo de recuerdo atormentado,
que permitiría con agrado al olvido
olvidarlo.

Sosegado trecho fluvial que en cataratas se desborda,
mansedumbre del agua a punto del hervor,
desgarrando testimonios de la boda,
la muñeca desnuda y el caballo de cartón,
los enviados del infierno llegaron a la esposa.

Amamantaba delicada al tierno infante,
junto a la ventana de la alcoba,
y con ella y los principios me hicieron chantaje.

No soy capaz de odiarlos,
y agrandaron
su menguada y desleída esencia humana
subiendo los pies sobre cadáveres;
tribuna hicieron de la pira funeraria,
cátedra, púlpito, pedestales,
humillación y arenga, del miedo y la esperanza.

CINCUENTA Y SEIS

Qué se hizo de las intenciones buenas
y de las dádivas que llenaban mis bolsillos,
dónde están el arca de la ofrenda
y aquellos que se decían mis amigos;

dónde la sonrisa abierta
y mi buena voluntad en los conflictos.

Soy el que labra la tierra y la vacía de minerales,
quien se sumerge hasta las perlas y los arrecifes coralinos;
aquel que transforma las materias primas en objetos
y el servidor de sus vecinos.

Cuido el sembrado hasta la siega,
bajo a la mina, pesco barbos en el río,
trabajo de sol a sol en la tejera;
paso hambre, sed y frío,
y mi cuerpo ha de enfrentarse desnudo a las dolencias:
soy el bracero desconocido,
el nuevo atlante que porta el mundo sobre su cabeza.

Estoy cansado de ser el héroe animoso
que hasta la noche arrastra la mañana,
y la deja deslizar pendiente abajo buscando el alba;
un animal que adiestra su criterio
y marca veredas con la sangre,
empeñado en actuar como testigo, juez y parte.

Si por lo menos fuera fronterizo
o tuviera al mar por compañero:
peces, veleros y gaviotas;
pero he nacido tierra adentro.

CINCUENTA Y SIETE
Arrojo al agua cantos,
al aire,
a los pájaros;
a las temerosas gallinas,
a perros y gatos;

a las frágiles lámparas de las esquinas
y a los cántaros.
Y de todas las piedras yo soy el blanco.

Como si se tratara de un aguerrido gallo de pelea,
enfrento a mi verdad con otras opiniones;
la razono y complemento,
altero su forma,
la enriquezco;
la muestro y la demuestro,
la sostengo,
a sangre y fuego la defiendo.

En el día de ayer por la mañana
estuvo mi frágil estima puesta en almoneda;
conozco mi valor y valgo,
lo que vale cualquiera.

Reconocidas y aceptadas recojo las esencias,
lo que logro poner a flote después de hundido,
fruto agraz de pésimas cosechas,
los renglones torcidos.

Mi impotencia destila una lágrima seca,
me niego a seguir actitudes ordenadas en avisos,
recorridos marcados por las flechas.

Asumo invariables compromisos,
y la intención, preñada de entelequias,
se resiste a caer en el abismo.

CINCUENTA Y OCHO
Clavan sus barbas puntiagudas
en la indómita garganta

las espigas vanas de mi mar de dudas,
y mis cuerdas vocales son agujereadas
por las palabras esdrújulas.

¿Qué signo acuñaré en los corazones,
qué contraste daré al valor de su valía,
qué alejados límites pondré al terreno parcelado,
qué rayas trazaré que no dividan;
qué sonido equivalente al sí en todos los idiomas
diré con energía?

Hachas de sílex labradas por gorilas,
aceite para las cinco lámparas de las vírgenes necias,
el segundo corazón que el amor del hombre necesita,
algunos versos del décimo libro de la Eneida,
una copia a su tamaño de la Capilla Sixtina;
el recuento de mi vida expresado en derrotas,
luces extinguidas que marcan aún el rumbo a los navíos,
ilusiones cedidas a los hijos y a la esposa;
sentimientos azul cobalto confundidos,
fechas erradas de la reciente historia,
los cenicientos temores y el paisaje prohibido,
colman el espacio destinado a la memoria.

Dan forma a mi orgullo alargados estambres amarillos,
orquídeas de pétalos morados,
cimbreados juncos y zarandeados lirios.

CINCUENTA Y NUEVE

Ávida de blancos: sal, yeso de lucir, harina,
iconoclastas muros del sur
y reincidentes despedidas;
la inmovible realidad,
ajustada a la forma de mis manos frías,

derrama rojas lágrimas
sobre la calma nívea.

Perímetro ilusorio me entregan los sentidos,
urdimbre y trama de los hechos,
curvado cuérnago del río.

Reviso cien veces lo ya hecho,
de nada estoy seguro,
recelo de mis acreditados méritos,
de mi fama merecida;
hoy dudo
de lo que ayer creía
y me convenzo de verdades nuevas
que mañana serán sustituidas.

SESENTA

Todo lo que siento, lo que intuyo y lo que veo;
configuran mi quebradiza integridad,
una fuente enterrada en el desierto.

Labios, manos, sentimientos;
resido más en mí
cuantas menos necesidades admito y alimento.

Quizá no fuerce fronteras mi ímpetu ni salte bardas
-cordero nutrido en el redil cálido-
pero mi rebeldía permanece intacta.

Ser libre es discernir entre espejismos y verdades,
vivir sin mandar ni ser mandado,
elegir sin la inquietud de equivocarse;
ser libre es ser,
no tiene la existencia otro carácter.

Necesito rodearme de libertad a cada instante,
como el bajel en alta mar o el águila extendida;
deben ser libres los demás para que yo lo sea
y su libertad forma parte de la mía.

SESENTA Y UNO

Tan indomable el león como el cordero,
tan obligados a mantener el tipo;
gemelos ambos en el dominio de mi pecho,
quieren cruzar juntos el puente del destino,
vida y muerte en los extremos.

El porvenir depende de la fuerza
que la voluntad imprima,
a la firme decisión de caminar en un solo sentido,
superando los obstáculos acumulados un día y otro día:
inundaciones, huracanes o seísmos.

La excepción no confirma la regla:
gota de sangre sobre mar de leche
a modo de evidencia.

La niega, la impugna, la rebate;
la contradice, la invalida, la rechaza;
altera sus términos constantes,
la obliga a abrir postigos y murallas,
y a convertirse en una ley más grande,
-gama de rosas, *exempli gratia*-
donde quepa lo que se da de tarde en tarde.

SESENTA Y DOS

Oro, son de oro,
oro de su rica mina

esos rayos de luna sutiles y fugaces
que vemos cruzar las nubes lívidas,
cuando jugamos –temerarios o cobardes-
en el tablero de la noche la partida.

Impaciente de dinámica impaciencia,
elimino los barrotes de la única ventana,
porque impiden penetrar grandes ideas
o sacar la cabeza para ver sin trabas.

Pocos o muchos -todo es relativo-
los misterios van disminuyendo
a medida que hacemos el camino;
la Naturaleza investigada da respuestas a las dudas,
cuando se formulan con ahínco
las preguntas.

Brújula que me señala el Norte, considero a la razón mi guía
y veo en la fe la rueda de molino,
la máquina del tren que descarrila,
la hueria explicación dada a los niños.

El Universo entero,
incluidas la facultad de pensar y mis neuronas escasas,
al primer principio me conduce,
en obsesiva búsqueda de causa.

SESENTA Y TRES

Yo no inventé la otra vida,
continuidad o segunda residencia,
ni la descubrí tras el ejercicio de la filosofía.

Tuve miedo cuando me la explicaron
resumida en su índole compleja:

un tiempo sin final en el infierno o en la gloria,
tras el cotejo de los comportamientos y las reglas,
efectuado por quien da el ser y vigila el existir de las personas.

El alma,
hubieron de concebir el alma;
y debía ser eterna,
capaz de sufrir el perpetuo castigo
que el corrupto cuerpo no acepta.

Indefenso frente al cosmos arrogante
-desnuda raíz bajo la tierra desprendida,
minúscula lombriz,
larva inactiva-
todas las noches, de manera inevitable,
acepto un Dios a mi medida;
y orgulloso de mis manos, satisfecho del cerebro,
irremediabilmente,
cada amanecer lo niego.

SESENTA Y CUATRO

A ras de suelo hallo más vida,
más dolor,
más alegría.

El quiero me interesa más que el puedo,
más que la capacidad
la buena voluntad aprecio.

No pretendo galardones con halagos,
no rindo pleitesía ni culto a las personas,
no venero retratos,
consciente de que el gran señor
suele tener los pies de barro.

Mi sentido de la justicia,
de la compensación,
del equilibrio

-el águila cayendo sobre el lobo que persigue a un cordero;
el pastor pidiendo al cazador que no dispare al águila-
tuvieron oportunidad de hacerme desdichado, y me lo hicieron.

Aún sueño

un jardín donde la hermosura sea,
mi idea, hecha planta, tierra, roca y jilguero,
de la propia elemental belleza:
líneas rectas y curvas conjugadas por mi sentir estético,
los tres reinos en mudable convivencia.

Poseo un manantial en los eriales,
un trémulo reguero cristalino,
fortuna heredada de mis padres;
segadores llegan sedientos en verano,
sudorosos y cansados caminantes,
dispuestos a pagar lo que sea por un trago;
pero como me sobra y no me cuesta,
el agua necesaria les regalo.

SESENTA Y CINCO

Cíngulo sagrado,
hiedra de espuma,
durante la persecución de los atardeceres de sangre y
majestad,
el Oeste se ceñirá la aurora a su cintura.

Cesado el vendaval de las galernas,
recurso a las pupilas que lo han visto todo:
el gris y el pardo de las tierras y el azul glorioso.

Desde el ojo que entrega el corazón a la nostalgia,
encaramado a los recuerdos miro:
torreteras sedientas de corriente,
laderas de reseco pergamino;
y veo en los páramos de piedra,
vallados que gobiernan los caminos,
escudos no labrados de casas solariegas,
catedrales y castillos
dormidos aún en la cantera.

SESENTA Y SEIS

Aseguran que la patria
es el imperio y sus conquistas,
las dilatables fronteras,
la candorosa fe, la firme tradición
y su constante defensa;
la merecida fortuna de los afortunados
y el colmado almacén de las herencias.

La patria es el destino inexorable cargado de infortunio,
un perfecto pasado lleno de enseñanzas
y un futuro común distinto para cada uno.

Yo soy mi patria:
luchas y abandonos repetidos,
alegrías y pesares
buscando el equilibrio;
lo que voy ocupando y cediendo a mi paso:
excusas, besos al leproso, garabatos,
sentimientos y vagidos;
y cabe en la oquedad de un relicario,
en el país de un abanico.

Tiernos infantes educados en el amor al prójimo,
y ven mis hijos, en nombre de la patria, correr sangre inocente;
persecuciones, guerras y destrozos
anegando el perfil hospitalario de las gentes.

En su presencia inquisitiva echo las redes,
aparejos les doy y un mapa aproximado
para que busquen el río y los peces;
ética y estética de la subsistencia por medio del trabajo.

Los enfrenté en la niñez como ejercicio,
a los nobles mitológicos centauros,
a los unicornios elementales y afectivos,
pobladores de los cuentos clásicos.

Ciudadano del mundo solidario de los débiles
quise mostrarles los caminos caminando,
y escapan in extremis de embozados enemigos,
mientras los problemas convertidos en obstáculos,
les fuerzan a avanzar en círculo.

SESENTA Y SIETE

Los cinco que soy se complementan y se ayudan:
el que goza de vista explica al que tiene oído
los colores puros de la rosa desnuda;
y éste dice la música del viento a quien posee olfato,
que entrega a los demás los diversos aromas
y recibe de los favorecidos con el gusto y el tacto,
el sabor de los alimentos que toma
y la textura del cuerpo acariciado.

El bien y el mal tienen en mí su referencia,
su principio y fin previstos de antemano,
y nada son sin mi intención suprema.

Atravieso la niebla henchida de misterios;
como dardos nocturnos son mis ojos,
y van burlando cercos.

Me han hecho como soy los reproches,
las oportunas
palabras de aliento,
el excesivo ejercicio cotidiano,
la dificultad de entendimiento
y la persistente oposición de los misterios
a explicar su secreto.

SESENTA Y OCHO

La carne nada emprende sin los huesos,
es hora de hacer útil la experiencia,
abro el baúl y mi bagaje observo:
durezas de las manos,
paleta de albañil, sierra de carpintero,
en la mano derecha
tercer dedo,
asiento de lápices y plumas
por donde las ideas toman cuerpo.

Analizo la panera,
acopio de los años,
costal de obras de la urgencia:
pensamientos de la cabeza llevados a las manos,
ideas nuevas temidas por intrépidas,
sistemas y procesos apropiados,
y sorprende el volumen de mi herencia.

Recio carácter, mi tierra
permanece anclada en su predecible giro,

perdurable e incompleta;
agobiada de conflictos
desde antes de nacer la materia,
cuando eran oscuridad los discontinuos
arranques de la esencia;
abismo temporal de los inicios.

El conjunto es mío en este instante,
se me ha dado en usufructo por entero,
he de cuidarlo con amor de amante
y entregarlo mejor que me lo dieron
-gallina convertida en ánade,
ganso transformado en cisne-
cuando me haya de hacer palabra sin alcance,
memoria insustancial, barro insensible,
polvo neutral imperturbable.

SESENTA Y NUEVE

Al principio de todo nos fue dicho:
“Vagaréis errantes a lo largo del mundo
buscando el porqué de lo existente y lo existido,
caminaréis solos aunque vayáis juntos
porque es vuestro destino
vagar hasta encontraros
con vosotros mismos”.

Egipto, Babilonia, India, Grecia, Roma
los cuatro elementos,
el número,
los errores salpicados de aciertos;
el truco,
el descubrimiento del oro,
mentiras y verdades intercambiables,
lo principal y lo accesorio mordiéndose la cola

la libertad cayendo en todas las trampas
de la tecnología y el dinero.
Y el hombre perdido buscando al hombre.

SETENTA

Vivir

desde un punto de vista puramente humano
es hundirse poco a poco en el mar de la realidad
y nadar hasta el cansancio bajo las islas flotantes
huyendo de los peces voraces y las serpientes oceánicas.

¡Oh! los acantilados de Cornwall
la difusa línea del horizonte
las nubes sombrías al atardecer
las rojizas puestas de sol entre la bruma
y la voz pausada de Jane Read,
actriz,
recitando un poema,
imitando las palabras de la gente común
pintando los rostros de los dioses celtas
meros oyentes a lo largo del sendero
que lleva al infinito.

¡Oh! el mágico momento
el misterioso encanto del lugar...

Mi apasionada imaginación,
desde un punto de vista puramente estético,
equilibra los desiertos de Tierra de Campos y El Cerrato
con los prados líquidos de Camelford.
Y la mirada va de un espacio al otro
transformando el gris brumoso
el negro atormentado
en el azul de un cielo de zafiro.

El camino de Trebarwith Village a la costa
forma parte de mi tortuosa trayectoria
como la trocha que lleva a Husillos,
río Carrión y vía férrea,
desde Valdepero, pardos llanos y laderas grises,
punto de partida de todas mis sendas.

La peripecia existencial se atempera,
desde un punto de vista puramente emotivo,
en la simetría de los recuerdos más profundos
haciéndose cuestión de líneas y colores
aromas y presentimientos.

La realidad
en el crudo invierno de la vida
no es más que la estepa inabarcable de los sueños.

SETENTA Y UNO

To live
from a purely human point of view
is to sink gently into the sea of reality
and to swim till the weariness beneath the floating islands
fleeing from voracious fish and oceanic snakes.

O! the cliffs of Cornwall
the fuzzy line of the horizon
the gloomy clouds at dusk
the reddish sunsets amid the mist,
and the measured voice of Jane Read, actress, reciting a poem
imitating the words of the common people
drawing the faces of the Celtic Gods,
mere listeners along the narrow footpath.
which leads to infinity.

O! the magic moment,
the mysterious charm of the country...

My passionate imagination,
from a purely aesthetic point of view,
balances the Tierra de Campos and Cerrato deserts
with the liquid meadows of Camelford.
And the sight goes from a place to another
converting the grey of foggy
the black stormy
into blue of a sapphire sky.

The road from Trebarwith Village to the shore
is a part of my devious trajectory
as the track that arrives to Husillos,
Carrión river, channel,
from Valdepero, fountains, brooks
near Palencia.

The existential vicissitude is tempered,
from a purely emotive point of view,
in the symmetry of the deepest remembrances,
becoming a matter of lines and colors
scents and premonitions.

And the reality,
in this interminable winter,
is the hard steppe of the dreams.

SETENTA Y DOS

Un deseo
me ocupa incontenible de herramientas usadas:
pala y pico,

azadas;
un ansia me invade de espesos cebadales,
de siegas en sazón;
una avidez de aperos de labranza,
arreos de cuero trabajado,
colleras, collerones, cabezadas.

Surcos quiero y abro surcos.
Soy la templada punta, soy la reja
soy la vertedera, soy el arado,
soy la tierra húmeda y abierta,
el punzante cardo
y la mala hierba.

Soy la ubérrima simiente
que en el barbecho germina,
soy la brizna verde,
soy el tallo erguido, soy la preñada espiga,
soy el grano desgranado
en el redondel de la trilla;
soy el Cierzo enfurecido que separa el bálago del grano,
soy trigo molido, soy la blanca harina.

Soy la masa inerte, soy la levadura
soy el fuego, soy la leña encendida,
soy el pan del sacrificio,
sacerdote, altar y víctima.

Tomo el color del día que me cerca,
y soy azul, rojizo, gris o cárdeno,
como la tornadiza faz de la Naturaleza.

Más allá de la sed y del cansancio,
del imán y el esmeril;

del hacha, la azada, la palanca y la rueda;
por encima de cualquier afán impenetrable
desde el punto de mira del poeta,
soy la tierra, el labrador y la cosecha.

Dispersión y búsqueda

SETENTA Y TRES

Soy lapislázuli oculto en las entrañas de la tierra
serpiente abrazada al tronco de ébano
puerco espín, espléndida azalea
arena integrada en el hormigón de los cimientos.

Efímera flor,
agua en el pozo,
avara y generosa criatura,
ejercicio mental, carácter sólido,
que libera la energía de sus dudas
modeladora del cosmos.

Campesino nómada de la papa y la mandioca,
de la vaca,
el cerdo y el cordero;
ciudadano de centros industriales,
nacido de la mezcla de culturas,
mestizo de permanente mestizaje,
de la concordia huésped,
de la libertad amante.

Mensajero fiel al recado recibido,
la palabra cumple la encomienda de nombrar cuanto existe;
acaso de inventarlo o revivirlo,
palpable y etéreo,
real o imaginario,
en un presente sin límites
que abarca el futuro y el pasado.

Palanca que mueve multitudes a la acción desaforada,
arenga arrojada sobre anónimas conductas,
reivindico la palabra de los múltiples idiomas,
con hechos la defiende de infundios y calumnias.

Dúctil y maleable la palabra es inocente,
es pura;
modifican su sentido iluminados caudillos,
fanáticos sacerdotes,
defensores de patrias atrincheradas
e intransigentes dioses.

Valdepero (España)

SETENTA Y CUATRO

Punto cardinal de la mirada,
a mi aldea aceré alabo sin reservas;
insensible carcelero de su propia carne
maldigo al Khan que la gobierna.

Dilapida su cuantiosa fortuna
y los bienes del erario,
no comparte el cordero ni los peces
quesos, frutas, pastas y pistachos.

En los días de fiesta
-costoso perfume,
seda fina-
facilita el opresor copiosos tragos
que entumescen la memoria o la adormilan;
y relegando los agravios
los súbditos sueltan rienda a la alegría.

Agitados por el viento los cabellos,
sobre la roca erguido

denuncio sus ardides ante el poblado entero;
destellan afilados los cuchillos
aliados nocturnos de sombras y ecos.

En el antiguo reino de Urartu
me hago fuerte;
entre el lago y las montañas encuentro tierra favorable
solar de escitas, medos, persas y sumerios,
donde Dios tuvo nombres diversos y múltiples altares.

Emigrante en tierra
de emigrados
la lengua de Mesrop aprendo
y tomando esposa entre las jóvenes
abro camino a mi pueblo.

Porque la espera es esperanza
y el ejemplo conduce las maneras,
proclamo la igualdad entre hombres y mujeres
respetando la diversidad de las creencias.

A las voluntades
confío los proyectos,
me uno al esfuerzo que unido persevera
arma el amor defensas en mi pecho
me empuja animoso y me da fuerzas.

Recibo impetuoso aliento
-labios dulces de mi amada-
para bajar de las alturas de Ararat
desembarcadero del Arca.

El diablo blanco
que oculta los senderos,

nada podrá contra mi brazo vigoroso,
ni el precipicio sin fondo o la avalancha informe;
atravesaré los ventisqueros inhóspitos
y los glaciares inmóviles
para que mi numerosa descendencia
se disperse por los cuatro horizontes.

Bakú (Azerbaiyán)

SETENTA Y CINCO

De barro
modelo el cuerpo
que soportará mi vida,
la forma imito de los hermosos dioses,
tomo del rayo la luz y la energía;
a mí mismo me encarno
ojos encendidos, vigorosos brazos, pies de arcilla.

Partiendo de las rocas inalterables
formo valle y ladera;
solo yo, sin ayuda de nadie,
elevo las montañas sobre la llanura extensa.

Preservo el territorio etéreo
de las deidades
con tres círculos de niebla
que envuelven el templo inviolable
y a la humana mirada lo falsean.

Puedo ser
el copero de los dioses,
mas prefiero
edificar las aldeas tadjikas
-ventura de la tierra de mis mayores-
las más altas y las más antiguas.

Desde el Pamir eminente
tengo el mundo a mis pies
y ningún suceso me sorprende.

Emparento con mogoles y bactrianos;
griegos, árabes,
generosos persas,
e incorporo a la suya mi sangre
en beneficiosa mezcla.

En las vegas llanas
y en las inclinadas cuestas
jóvenes labriegos de los campos feraces
declaman melódicos poemas
tras el último esfuerzo recolector de cosechas.

Voy sentando
con mi palabra y ejemplo
-solo, sin ayuda de nadie-
un linaje abierto a lo externo
pleno de posibilidades.

Por eso reconocen mi voz
y me llaman hermano;
soy ascendiente del magnífico Iskender
el nombre que las abuelas darán a sus nietos sabios
y las madres a los hijos fuertes.

En su viaje acompaño al viento,
porque mi entusiasmo es inagotable;
soy uno de entre ellos,
y todos ellos lo saben.

Dushambé (Tayikistán)

SETENTA Y SEIS

En el principio era Brahma
y Brahma vagó una eternidad sobre las cumbres más altas;
por sus laderas descendió hasta Uttar Pradesh
y escribió los Vedas a la luz de tres lámparas.

Imagen de la vida,
hay un sendero en Khajuraho bordeado de templos
donde habla en susurros el hombre virtuoso
y agita ramas de sándalo el aliento.

Los encantadores de serpientes doman al Destino cada día;
lo ilusionan,
lo dominan,
neutralizan su poder decisorio,
lo acoquinan,
y los espectadores se vengan del Destino
en sus risas.

Sobre la tierra impávida
como gotas de lluvia caen los muertos,
rocía la bruma el aire hediondo, atardece el día con desgana;
es tiempo de absolutos y de extremos
y lánguida se aleja la perezosa barca
rompiendo -débil quilla- nenúfares abiertos.

Mi amada y yo somos una de las infinitas partes
formamos el cuerpo indivisible del Cosmos íntegro
y establecemos comunión con el Amor, único e inseparable.

En la corriente del Yamunä sumergidas
a su postrera reencarnación se acercan nuestras almas;
y la melancólica pureza del Taj Mahal
será su permanente morada.

Allí los rojizos muros de Agra
las verán comerciando en infusiones
tapices, madera de baniano tallada;
compartiendo la nada con los moradores del suelo
labrando la belleza del oro y de la plata.
Delhi (India)

SETENTA Y SIETE

La delicada
fugacidad
del arte,
la experiencia acopiada en la filosofía
y el ritual religioso de la naturaleza respetada
convierten a Shangai en punto de partida.

Intentamos subir por el Changjiang contra corriente
-apasionados
mitológicos
gigantes-
decididos a alcanzar la primitiva fuente.

Dejamos el refugio cálido del puerto
-capullo de seda,
útero de larvas-
a los vientos cerrado, a la esperanza abierto.

La Torre del Tambor de Nanjing,
la Púrpura y el Oro del Collado,
conquistan la mirada sorprendida
de los pasajeros del barco.

Nos recibe Wuhu hospitalario,
y dos semanas después,

las tres ciudades de Wuhan,
lago del Este y las Colinas,
pabellón del Poema, memoria de Qu Yuan.

Traslada el puente
sobre nuestras cabezas
a cien mil obreros
en cien mil bicicletas.

Qué rápida parece
frente a los perezosos juncos
la pesada barca de vapor
que nos presenta Chongqing entre la bruma,
donde comemos pato,
docta preparación de su cocina
en conjunción perfecta de olores y sabores
colores y textura que lleva a la delicia.

¡Pisemos fuerte el barrizal!
¡Qué tiemble a nuestro paso
el Rey de los Dragones!
profundas huellas de cascos de caballo, de pesuñas de yak,
remolinos de las Tres Gargantas
cortadas insondables, pantano y cenagal.

Ribera desbordante de gentío ajetreado
canales cubiertos de lotos perennes
fauna abundante de búfalos y gamos
asnos salvajes y leopardos de las nieves,
gacelas mongolas,
osos, antílopes y multitud de peces.

El aire se empobrece
a medida que subimos

frenan nuestro avance la ausencia de senderos
los inhóspitos heleros y el hielo movedizo.

Advertimos imprecisa la frontera
entre la dura realidad y la suave fantasía
el límite delgado de la historia y la leyenda.

Cuentan los pastores tibetanos
que un sólido ternero
de considerable alzada,
descendió lentamente de los vanidosos cielos;
y el agua pura que de su nariz brotaba
-un arroyuelo de caudal minúsculo-
dio al Changjiang la corriente originaria
y los seis mil trescientos kilómetros de curso.

Descubrimos en Janggaintirug:
glaciar de congelada fantasía,
cumbre Gela Daingdong, pastor de la conseja,
el manantial, la fuente que la corriente inicia
donde los dioses beben su vejez espléndida
procurando a su rostro inmarcesible la armonía.

Montañas,
valles,
altas llanuras;
nieves perpetuas y permanente hielo
sólida columna,
altivo Tíbet,
lugar en que se asienta el firmamento,
morada perpetua de la divinidad
donde los ríos tienen su comienzo.
Lhasa (Tíbet)

SETENTA Y OCHO

Primero el aire, el viento,
el espíritu,
después el agua, el mar,
la líquida llanura;
en tierra del Océano, pescador de Alotau,
el hombre fue papúa.

Fuerte, diestro,
lúcido, magnánimo
se alineó en tribus enemigas
y vinieron los comerciantes de esclavos.
El mar trajo lo bueno,
pero también lo malo.

Muralla, mar,
eres muralla;
eres barrera y eres puente,
tu unión consumada con la tierra
tan adentro, tan profundo, tantas veces
produjo el germen y la esencia,
primera raíz de lo viviente.

Escondes en tus arcas maravillas
todas las hechuras y colores existentes
cualquier forma de vida.

Alaridos
hambrientos de amistades,
tempestades
de amor no compartido,
quejas de soledad de soledades
insomne en tu lecho de cuchillos
olas altas, brazos de gigante.

Te sientes solo, mar,
muy solo,
te invaden comerciantes y guerreros
a habitarte el hombre no se atreve
oro y plata naufragan en tu seno.

Sobre ti jamás galoparán potrillos,
no verás abejas polinizando flores
ni aves del paraíso adornando remolinos.

Darías cien veces la línea horizontal de tu horizonte
por tener quebradas montañosas donde se pone el rojizo,
la mitad de los vientos que te soplan
por curvar meandros como el río
viendo florecer el ñame glauco
palmerales de sagú,
la mandioca de los campos;
incluso la belleza de la vela henchida
llena del soplo que la empuja,
entregarías
porque una gacela comiera la hierba de tus riscos
o por sentir los cantos sencillos de las aves
palabras de las mil lenguas papúas en tu oído.

Te prefiero indeciso,
mar;
titubeante,
inestable y movedizo;
así te necesitan el viento,
la lluvia, la tierra
y el inconsistente equilibrio.

Alotau (Nueva Guinea)

SETENTA Y NUEVE

Como en una fronda intransitable camino a duras penas
blandiendo el hacha
mellada de mis fuerzas.

Aparto los himnos
quejumbrosos
y las reiteradas quejas
por los insensibles dioses desoídas,
descubriendo infaustos inviernos de estrellas
alineados en círculos de ira,
en activas espirales o en elipses prietas,
cifrado sendero de la astronomía.

Traspasa las nubes
la mirada
y conquista los últimos confines
donde la incestuosa Sotis
ama al fragmentado Osiris.

En la falucha Atet adormecido,
desde el sagrado Nilo irrigador de vida
de las constelaciones traduzco el lenguaje críptico.

Adoro a los astros
sumido en desconsuelo,
acerca de su influjo trato de indagar
vislumbro asomos del nuboso secreto
y sé que la tierra y el cielo comparten entidad.

Eternamente dudando el universo
entre la forma y el carácter
vida o muerte, materia o energía, se transmuta el aura
y la cepa permanece fiel a las consignas, invariable.

Cuando
a la luz de los estudios
los enigmas hayan sido resueltos,
carecerá la existencia de sentido
y tendrán fin todos los sueños.

El khamesin cálido y el arenoso sobaa,
por Jepera comprimidos,
darán lugar a otro universo
que atendiendo nuevas reglas perseguirá otros objetivos.

Hombres distintos
de extremas diferencias
incineradores trágicos de sus muertos
tronco erigido en pedestal de la cabeza
corazón apretado, desdichas sin cuento
videntes de ocultos espejismos
comenzarán de nuevo el reiterado ciclo.
Alejandría (Egipto)

OCHENTA

“Los Makondes
en la Costa Índica tendrán su morada,
para los Sukumas reservé el Victoria inmenso
en el Noreste montañoso se situarán los Sambas
los Nyamwezis ocuparán el Centro,
vivirán los Mbugwes contiguos al Maynara
y a los Chaggas corresponde el Uhuru recio”.

“Compartirán los peces con el águila que pesca,
la caza con las atentas rapaces,
y con las jirafas las hojas cimeras
de los eminentes árboles;

los pastos con gacelas, antílopes y cebras
el agua con todas las especies
y respetando lo que les rodea
vivirán en armonía permanente”.

“Culmina mi obra
la regular cadencia
que ordena los ciclos del sol y de la luna,
define la época fecunda de la siembra
y distribuye los calores y las lluvias
propiciando el crecimiento de la hierba”.

Aliado del búfalo,
del león y el elefante,
el pastor Masai de la llanura extensa,
amigo del frondoso árbol bantú,
de zulúes, árabes y persas,
lleva el mensaje de Ngai por la sabana
escuchando los bramidos del amor y sus respuestas,
carniceros y víctimas calladas.

Entre el búfalo y el ñu abreven vacas,
cabras, ovejas;
al lado de cocodrilos e hipopótamos,
junto a oryx, topis, jabalíes, monos, impalas, hienas.

Mas el proceder
malvado de los hombres egoístas
garduños de la naturaleza inerme
destruye poco a poco la armonía.

Hambre, guerra,
peste y sequía,
siegan vidas como briznas de hierba,

y los viejos fusiles y unas pocas monedas
compran las enormes riquezas dormidas.

¡Qué te han hecho!, África;
y ¡qué te hacen!;
que ya no te quedan lágrimas
que ya no te queda sangre.

Nairobi (Kenia)

OCHENTA Y UNO

Longa de Quito,
pasta, cara, panzalea
con rasgos incas, shiris y de otras tribus llegadas por mar,
provengo de Atau Hualpa y de extremeños:
ya ven,
de rica mezcla desciendo.

Minguera desde el chuco,
soy Ida Páez
viajera, comerciante, ciudadana del mundo
estudiosa y tolerante.

Ya voy:
Costa, Sierra
y Oriente;
ya iré:
línea del Ecuador, tierra caliente.

Tamales de morocho,
capiche,
locro,
quince mil años antes de venir los españoles
trabajábamos el cuero y tejíamos ponchos.

La justicia,
cuyo nombre se pronuncia tantas veces en vano,
me muestra un solo chaquiñán,
un sendero de cabras:
ya mire a los palacios de mármol
-guagua que come mazamorra en la chacra,
el taita patrón es bondadoso-
o vaya a basureros donde los sin nada
buscan el sobrante
de esta sociedad ingrata
que tan mal reparte
consciente y a sabiendas
la riqueza y las necesidades.

A veces el soroche es desatino
y el runa en el estanco apura el guarapo:
medio pilche de olvido.

No salen quejas de los labios mestizos
-resignación cercada por las cuatro lunas-
escapan garganta adentro
arrastrando penurias,

Tengo una esperanza que en la niñez me nace
viene de la sangre combinada
de lo abstracto y lo concreto, del espíritu sociable;
es una candorosa espera
una confianza infante
un afán, un simple anhelo,
los llevo al sanjuanito por la tarde
y los paseo.

El número quince,
sin embargo,

está capacitado para cambiar las cosas
si marcado un propósito concreto
actuamos quince veces
quince veces quince por lo menos.
Cuenca (Ecuador)

OCHENTA Y DOS

Último heredero
del indómito Hiawatha,
a quien confió Hí'num el refugio del oro iroqués
-bosques y lagos del castor-
valora en la forma de las presas el tacto de la piel.

De los Gigantes de Piedra
habla a los extraños
por moneda fraccionaria relata las leyendas del Mohawk:
"Venganza danzó blanca la luna
labrado tótem de abedul
árbol sagrado sustento de animales
liviano tronco de canoas, río azul".

Bisonte herido,
el padre que acogió mi bastardía
se arranca en Brantfor el corazón mil veces puesto en juego
y se lo entrega a grupos de turistas
exhibiendo la máscara grotesca, las plumas de hechicero.

En uno de los pechos
de mi madre forzada
bebí odio eterno a los franceses invasores
violadores de hembras y de acuerdos,
neerlandeses, británicos
culpables de los luminosos rayos en las oscuras tormentas:
el insaciable hombre blanco.

El otro pecho era fuente fresca,
manantial de perdón.
Tenía hambre y sed:
mamé de los dos.

A los valerosos muertos
contrapongo los ilusionados vivos
y el mañana incierto
al ayer extinto.

Hijo del choque
de las dos culturas
caminaré sobre los pasados desmanes,
considerándome actor y receptor de la deshonra
que se odia por ello
y por ello se perdona.

Toronto (Canadá)

OCHENTA Y TRES
Coronando la Sierra
dicha del Sapoio,
cumbre de inmutable roca,
con el pico de piedra y las garras de piedra
cinceló el águila un nido de piedra
y lo llamó Marvão.

Allí emparejó el águila,
macho de piedra con hembra de plumas;
allí, piedra y pluma, los aguiluchos nacieron
allí se hicieron fuertes
allí se hicieron ágiles
y planearon en busca de presas.

El hombre
flechas y lanzas
no pudo ocupar Marvão,
porque las águilas
pluma y piedra
una y otra vez lo impedían.

Ejércitos bien pertrechados sucumbieron
cubriendo las laderas de cadáveres
hasta que llegó el romano Julio César,
astuto general
dejando ocultos escolta y soldados.

Subió al nido alto, se encaramó a la alta piedra;
una mano sujetaba,
balando, un cabrito trémulo;
y la otra, ondeante,
izaba la bandera blanca de los parlamentarios.

Sobre el estrado habló a las águilas recelosas:
elogió a la pluma frente a la piedra
elogió a la piedra frente a la pluma,
sembrando el orgullo en ambas
sembrando en ambas la envidia.

En la primavera soleada y fecunda
entre la diligente pluma y la piedra enérgica
creció vigorosa la discordia.

Avanzaba el otoño a paso cauto
porque los cuencos de recoger ofensas rebosaban
cuando el pico y las garras de piedra
desafiaron a las plumas alares y caudales,
al plumón envolvente.

El duelo originó
la separación más radical:
águilas de plumas que no podían defenderse
águilas de piedra incapacitadas para volar.

Sirviéndose de tal estratagemas
los romanos conquistaron Marvão,
estratégica atalaya en la protección de la calzada,
-nexo de Santarém con Cáceres-
apacible río Sever
puente de piedra de Portagem.
Marvão (Portugal)

OCHENTA Y CUATRO

Coroando a Serra
dita do Sapoio
cume de imutável rocha,
com o pico de pedra e as garras de pedra
cizelou a águia um ninho de pedra
e chamou-lhe Marvão.

Ali emparelhou a águia,
macho de pedra com fêmea de plumas;
ali, pedra e pluma, as aguias nasceram,
ali se fizeram fortes,
ali se fizeram ágeis
e planaram à procura de presas.

O homem, setas e lanças,
não pôde ocupar Marvão,
porque as águias
pluma e pedra,
uma e outra vez o impediam.

Exércitos bem apetrechados sucumbiram
cobrindo as ladeiras de cadáveres
até que chegou o romano Júlio César,
astuto general
deixando encobertos escolta e soldados.

Subiu ao ninho alto,
trepou à alta pedra;
uma mão sujeitava,
balindo, um cabrito trémulo,
e a outra, ondeante,
içava a bandeira branca dos parlamentares.

Sobre o palanque falou às águias receosas:
elogiou a pluma frente à pedra
elogiou a pedra frente à pluma.
semeando o orgulho em ambas
semeando em ambas a inveja.

Na primavera ensolarada e fecunda
entre a diligente pluma e a pedra enérgica,
cresceu vigorosa a discórdia.

Avançava o outono a passo cauteloso
porque as tigelas de recolher ofensas transbordavam
quando o pico e as garras de pedra
desafiaram as plumas alares e caudais,
à penugem envolvente.

O duelo originou a separação mais radical:
águias de plumas que não podiam defender-se
águias de pedra incapacitadas para voar.

Servindo-se de tal estratagemas
os romanos conquistaram Marvão,
estratégica atalaia na protecção da calçada
-nexo de Santarém com Cáceres-
aprazível rio Sever
ponte de pedra da Portagem.

OCHENTA Y CINCO

Arrastrando las pesadas cadenas incorpóreas
de la arbitraria angustia vital,
unidas a los grillos presidarios de múltiples pesares
y a una debilidad física extrema,
con los zapatos gastados y las ropas raídas
-Heccehomo, Peergynt-
por la calle Elvas entré en Portalegre a medio día.

Viajaba desoyendo los dictados del Destino
sin brújula ni radio,
sin cuadrante ni mapa,
buscando la tierra del queso y del aceite
manzanas, corcho, nueces y castañas;
y la entidad superior dominada por la furia
dispuso tan calamitosa llegada.

Portalegre

es uno de los asentamientos ciudadanos
que el hombre elevó sobre colinas,
subidas y bajadas, algún llano
perfil de hembra exuberante y atractiva.

No sé si fue el sosiego
de parques y jardines
la serenidad hallada en Corredoira,
el rumor del agua surgiendo de las fuentes

el magisterio tímido de los museos
la reposada algarabía de Praça da República
o la conmovedora belleza de iglesias y conventos;
ignoro si influyó en mi decisión
la perfecta simetría de la Sé Catedral
la solidez del Castillo y la Muralla
la sincera amabilidad de las personas
y la confortante acogida de la Biblioteca;
pero de Portalegre hice punto de partida
dando un golpe de timón a la existencia.

Si hubiera llegado
tres mil años antes
pastor de ovejas entre alcornoques desnudos,
mi memoria hospedaría la jornada inolvidable
aprovechada por el desdichado Lísias
-hijo de Dionisio y nieto bastardo de Zeus-
abatido y esperanzado a partes iguales,
para colocar la primera piedra de Amaia
-Atalaião, Ribeiro de Baco-
iniciando unas obras aún en marcha:
barrios nuevos que se alejan
del centro antiguo y de su frágil armonía
en constante peligro de quiebra.

La hermosa Maia
se hizo aldea,
fue creciendo hasta ser villa y ser ciudad
y es hoy la blanca y ocre Portalegre,
urbe de corazón generoso
donde permanecerá mi aliento
cuando muera del todo.

Portalegre (Portugal)

OCHENTA Y SEIS

Arrastando os pesados grilhões incorpóreos
da arbitrária angústia vital,
unidos aos ferros presidiários de múltiplos pesares
e uma debilidade física extrema,
com os sapatos gastos e as roupas descosidas
- Heccehomo, Peergynt -
pela rua de Elvas
entrei em Portalegre ao meio-dia.

Eu viajava desprezando os ditados do Destino
sem bússola nem rádio,
sem quadrante nem mapa,
em busca da terra do queijo e do azeite
das maçãs, cortiça, nozes e castanhas;
e a entidade superior dominada pela fúria
dispôs de tão calamitosa chegada.

Portalegre é um dos assentamentos cidadãos
que o homem elevou sobre colinas,
subidas e descidas, alguma planura
perfil de fêmea exuberante e atrativa.

Não sei se foi o sossego de parques e jardins
a serenidade achada na Corredoura
o murmúrio da água surgindo das fontes
o magistério tímido dos museus
a repousada algaravia da Praça da República
ou a beleza comovente de igrejas e conventos;
ignoro se influiu na minha decisão
a perfeita simetria da Sé Catedral,
a solidez do Castelo e a Muralha
a sincera amabilidade das pessoas
somadas ao confortante acolhimento da biblioteca;

mas de Portalegre fiz ponto de partida
dando um golpe de timão à existência

Se tivesse chegado
três mil anos antes
eu pastor de ovelhas entre sobreiros nus
a minha memória hospedaria a jornada inesquecível
aproveitada pelo desditoso Lysias,
- filho de Dionisio e neto bastardo de Zeus -
abatido e esperançado em partes iguais
para colocar a primeira pedra da Amaia
- Atalaião, Ribeiro de Baco -
iniciando umas obras ainda em marcha:
novos bairros que se afastam do centro antigo
e da sua frágil harmonia
em constante perigo.

A formosa Maia
fez-se aldeia,
foi crescendo até ser vila e ser cidade
e hoje é a branca e ocre Portalegre,
urbe de coração generoso
onde permanecerá meu alento
quando eu morrer de todo.

OCHENTA Y SIETE

Celebradas sean
las propicias olas,
abiertas al tajamar de roble,
y los vientos que inflamaron las velas de bajeles egeos,
mineros del cobre que hasta aquí vinieron.

En los surcos abiertos a la tierra parda
en las grises laderas, en los pedregosos páramos

y en arroyos de fértiles riberas,
se mezclaron bien mezclados
los iberos con los celtas.

Aquí griegos y fenicios,
aquí romanos,
visigodos y árabes
se mezclaron.

Aquí la sangre,
aquí la médula,
aquí las células nerviosas
y las claves de la herencia,
explican porque hay tantas y tan sutiles diferencias.

Con mi apellido catalán,
de origen andaluz,
soy castellano;
y qué sería Castilla sin astures
gallegos, leoneses, vascos,
sin los mozárabes del sur
que repoblaron el Duero devastado.

Resistente adobe
de los cimientos al tejado:
arcilla moldeable,
paja de trigo y agua de las charcas;
el que se considere puro
a tiempo está de remediar su desventaja:
gentes de la entrañable América
del África cercana
y de la nueva Europa
se suman a la miscelánea.

Palencia (España)

OCHENTA Y OCHO *Obradors cantonada amb Escudellers*

Viento y agua
barren la calzada
cáscaras, cartones,
desperdicios
en el corazón inmaculado del alba;
Barcelona inicial, núcleo antiguo,
gente sombría y pálida.

Habita la esposa una calle
estrecha
plegada a los entrantes y salientes
recovecos y rincones de la acera,
líneas trazadas por un niño torpe
en su primer día de escuela.

Una calle abierta
de silencios rebeldes
herida de la escoria cotidiana
desgarrada de buhardillas
oculta de puertas y ventanas,
penetrada de pecios inservibles
anochecida de esperanzas.

Viene de una estirpe dividida
esposa recién esposada,
de los párrafos aciagos del libro de la vida.

Guarda los pesares
tras la cortina escarlata
y en el interior del armario
instantes vivos de una dicha parca
perfumada de esencia de flores
de espliego y de salvia.

Olas níveas, pececillos lleva en la mirada
remos, anzuelos
nasas
y está más cerca del mar
a cada instante que pasa.

Cuando se abren los cierres
de las botigues
y los botiguers barren su portada,
toma la esposa posesión de las veredas
nueve y media de la mañana
y busca en la ciudad incierta
el dinero que la mantiene intacta.

A sus pies descalzos
revolotean palomas
inquietas, tímidas, osadas,
buscando la ofrenda
de la mano arqueada.

Sobre un mar erizado de naufragios
-pescador que describe en su amigable charla
praderas inacabables donde los caballos
apacientan miles y miles de vacas-
un barco de vapor retorna al emigrado.

En el común de las veces
cuando se alarga
tanto la espera,
es el mediodía lo que hiere;
la mesa dispuesta: vajilla y cubiertos de diario
un cuenco en oficio de sopera
los vasos de cristal rayado

el cuchillo de hoja en sierra
el desvaído mantel de cuadros
rojos
blancos,
el cazo inoxidable de la sopa,
y la enfrentada silla
vacía y sola.

Pienses tan breve
tu ausencia, viajero,
como la vida fugaz de la centella
que en el crepúsculo ilumina el cielo
oscuro de nubes de tormenta
sobre el último azul el primer negro;

o tan prolongada
como la órbita de los planetas,
inacabables elípticos senderos
por los que huyen y después regresan
para alejarse de nuevo;

el vientre preñado de la esposa,
mide tu alejamiento de manera inequívoca
desde los días dorsales de la boda
momento amargo de la aceda partida.

Sus ojos grises
miran la impaciencia en el espejo
mientras coloca mil veces el mechón rebelde
y ajusta orgullosa la holgura del vestido abierto.

Sale la esposa al paso de los días maduros
-espuma de la arena,
arena de la playa-

y espera, pescador que descubres en casa el futuro,
con la mesa servida,
tu arribada.

Barcelona (España)

OCHENTA Y NUEVE

Si forzosamente hubiera de firmar con un nombre
me gustaría llamarme
simplemente James;
olvidando apellidos que sitúan,
concretan, añaden,
explican orígenes y discriminan.

Me siento orgulloso de mis paisanos,
emprendedores de cualquier época y condición,
porque ellos nos sitúan en el camino del progreso.

Mi alabanza es para Jhon Kay y su lanzadera volante,
destinada a duplicar el rendimiento de los telares obsoletos;
loor al barbero de Lancashire
que con su Water-frame mejoró la calidad del algodón hilado;
gloria a Hargreaves y a la Spinning Jenny,
capaz de producir ocho, dieciséis, cien hilos a la vez.

Elogio al maestro de forja Abrahan Darby
por su idea de utilizar el coke en fundición;
me descubro ante Wilkinson, Trevithick, Stephenson
y tantos otros innovadores británicos
que con su ingenio propiciaron la llegada de la modernidad

Yo te ensalzo,
inefable James Watt,
y pondero tu ciclópeo brazo de vapor;
glorifico a los mineros

que desenterraban los imprescindibles minerales;
a los insistentes proyectistas,
pensadores que idearon la producción en serie,
y a los comerciantes intrépidos
que surcaban los mares del Almirantazgo
trayendo materias primas
y llevando productos elaborados.

Porque padece desproporción entre tristezas y deleites
a la sufrida clase obrera dirijo mis palabras de ánimo;
su vida es un breve lapso lleno de conflictos,
habita cabañas
empuja el mundo sin apenas reposo
malcome
y comparte la escasez con sus afines.

Gracias a las Friendly Societies
y a las Trade-Unions
la jornada se fijó en ocho horas de tarea,
el ocio y el sueño dispusieron cada uno de otras ocho
y llegó a los ocho chelines el salario.

Me cuadro ante los embajadores que dominaron el mundo,
llevando hasta los últimos confines
nuestra cultura del huevo cocido y del té de las cinco,
el idioma unificador -nacido de celtas,
romanos, teutones, escandinavos-
y una gran variedad de cakes.

Declaración que firmo y rubrico en Londres,
yo,
James.

Londres (Reino Unido)

NOVENTA

Rómulo, confeso fratricida,
de las aleatorias formas que a su vuelo dan los pájaros
oscuros
recibe una gloria inmerecida.

Trasgresor de leyes humanas y divinas
-en concreto, sus normas más recientes-
sacrifica en el altar cruento y en singular comida
a los astados que el término de la ciudad convienen,
raptando a miles de sabinas
para que vagabundos sembradores de vientres
generen en ellas una plebe adherida,
convirtiéndose a su muerte en dios Quirino
adorado por romanos, venerado por sabinos.

Recorro Roma tan nombrada,
y en las colinas salpicadas de gloriosos indicios
espanto con firmeza gatos de infrecuente talla,
vástagos de leones y tigres de los Circos.

Vigilan reliquias, despojos, sedimentos
estatuas, panteones, obeliscos
obras públicas y fastuosos monumentos
erigidos al dictado de insignes dictadores:
adustos pontífices,
montaraces emperadores.

Mientras cruzo la arbolada Piazza della República
el cielo se cubre de negros estorninos
que en su vuelo agrupado componen tornadizas figuras:
sobre el azul tres negros escudos
protegen sendas torres custodias
y tres caballeros equipados de armadura

cabalgando potros de Anatolia
las defensas derriban en la altura
con el extremo acerado de su lanza impetuosa.

La imaginación relaciona al albur los escenarios
y al ver las desfiguradas
sugiere Lisboa un veintiséis de abril, cuando un mendigo,
sentado al pie de un rey de bronce a caballo
-rúa, praça o largo-
limpiaba sus uñas con mellado bisturí;
o me traslada a Ginebra junto al lago
donde viví cien días esplendentes que se hicieron mil.

Centuriones y obispos,
los valerosos ejércitos imperiales
acumulan un cansancio de siglos;
elevan la espada o la cruz sobre proclamas
-conquistadores divinos-
y entran a saco en las barriadas
liberando las almas de miles de cuerpos desnutridos
demasiado débiles para correr en retirada
ejemplos forzados de heroísmo.

Tras dos milenios de firme avance cívico,
se sostiene el diseño:
decretan los patricios,
obedecen los plebeyos.
Y no sería distinto
de haber vencido Remo.

Roma (Italia)

NOVENTA Y UNO

Levanta el vuelo la reina de las aves
extiende mayestática sus alas

y logra el cielo a gran velocidad
izándome en sus garras.

Con la mirada abarco el esplendor heleno:
historia, geografía,
mito;
resumido en las siete columnas
del templo de Apolo en Corinto.

Memoria de las piedras doblegadas por Fidias
libertad fructificada,
democrática semilla;
lo terrenal con lo celeste en convivencia
Olimpo y Livadia,
arroyo Ismenos, colina de Cadmeia.

A mi ruego el águila,
liberándome,
con suavidad se posa en Pindhos.

De pan tierno es el aroma suave que desprende
loannina desnuda a la hora del baño,
recostada y mórbida, los pies
en las sombreadas aguas del lago,
disperso el cabello,
enamorando
a los dichosos que Ípiros caminan,
mostrándoles la ciudadela y los bordados
cúpulas de las mezquitas, esbeltos minaretos
residencias rodeadas de jardines
plátanos, cipreses.

Esposa prisionera en el harén de Alí Bajá,
para liberarla del tirano

doy mi brazo joven,
al servicio de la cruzada pongo mi espíritu romántico.

La matanza de Kéos
llena de indignación mi ánimo
la destrucción de Missolonghi inflama de rabia mi pecho,
os acompaño amigos en la batalla
que impedirá la compraventa de este país al menudeo.

El diseminado mundo griego reacciona
recordando el esfuerzo de Milcíades,
Temístocles, Leónidas,
de Epaminondas y Trasíbulo,
en memoria de Maratón y las Termópilas.

Con Byron en la palabra y en los hechos,
con Shelley avanzo.

Ioannina liberada besa mi mejilla,
voy con Müller de la mano,
Brün, Victor Hugo, Lamartine,
y repleto de entusiasmo
-oráculo en Dodona-
auguro perpetuidad al pueblo que recibe
apoyos tales y tantos
y a la cultura que cuenta con tantos y tales paladines.
Ioannina (Grecia)

NOVENTA Y DOS

Sabra de espinas en la piel,
corazón tierno,
después de tantos años
en mí mismo inquiere.

¿Cuando hablamos del nuestro,
de qué país hablamos?
-ashkenazim, sefaradim,
yemenitas, iraquíes, kurdos, persas, bújaros, afganos-
si los múltiples orígenes
suman en total setenta y cuatro.

De qué idioma hablamos, cuando hablamos del nuestro:
árabe, ladino,
yiddish o hebreo;
cuando hablamos del nuestro, de qué dios hablamos:
de Yavé, de Alá o del Dios de los Cristianos;
y su palabra, su verbo, ¿es el Talmud, el Corán
o el Evangelio?

El odio
es la memoria amarga de una herida,
y el amor -última gota de agua cedida en el desierto,
salvadora de quien desea arrebatarnos la vida-
es favor sin condiciones,
habitantes diversos de Israel con las gentes vecinas;
el amor exige hechos, pide obras, abiertas voluntades
fuentes que manan aguas limpias,
Jordán y Tiberiades.

Del Odio hasta el Amor
hay un abismo sin puentes
que los bandos en liza intentan rellenar con los cadáveres
de una enorme multitud de inocentes.

Me pregunto en los días sombríos
si del fusil o de la honda no hacemos herramienta,
profesión, oficio,
imprescindible dogma

y heroísmo;
si no transformamos la guerra
cristianos, musulmanes y judíos
en fin que lleva a los demás
hacia el olvido.

Jerusalén (Israel)

NOVENTA Y TRES

Desde que eslavos y Varegos
dieron cuerpo a los rusos
aquí está Nerón degollando supuestos incendiarios
aquí Herodes perseguidor de inocentes;
sea Gengis Khan,
con sus mongoles de la Horda de Oro,
quien recaude los tributos,
los Ivanes en declive o los Romanov en el brillo,
se llame el zar como se llame,
los siervos corren de un lado a otro perseguidos.

La información anónima confirma,
que el campesino,
ni colabora con entusiasmo ni se presta a experimentos,
desconfía del sóviet de su aldea
carece de la necesaria voluntad, le falta hierro.

En tres palabras la cuestión resumida
según consta en su expediente
se trata de un revisionista.

Son grises
las noches blancas
de San Petersburgo,
y la lluvia es ácida.

Los residuos -sólidos,
líquidos o gaseosos-
que la industria ha generado para el pueblo,
como ráfagas de metralleta esparcen su ración de muerte,
cubriendo de polvo blanco los ateridos cuerpos
los grupos de danza y los museos.

Declamando historias de hambres y de fríos
mendigos verdaderos
y mendigos
falsos,
imploran unos kopeks para pan o vodka
en las lujosas estaciones del ferrocarril subterráneo.

En Nóvgorod, barrio de Santa Sofía,
con atención escucho
dichas en las ciento sesenta
lenguas de las repúblicas libres,
oraciones cargadas de fe y de pesimismo,
cantos de los condenados mortales
sus lastimeros llantos
en sucesión desoladora de agudos y graves.

En el arranque era el hombre,
partamos pues desde el principio;
y el hombre cultivaba una parcela común en un mir solidario
donde cada cual conocía a sus vecinos,
cuadrillas recolectoras de frutos maduros
y gavillas de trigo.

Hombre y mujer en su cópula
engendraron
una ilusión equidistante de la realidad y la utopía,
a un lugar propicio dirigieron sus pasos

cercano a la miel de las colmenas
y a las henchidas ubres del establo.

Conviene
analizar
el recorrido;
buscar los fallos del proceso
el malentendido de la profecía
la interpretación errada del prospecto.

Ascendamos
peldaño a peldaño muy atentos,
porque después de los ensayos
el viento siempre troncha ramas secas
que la riada arrastra hasta los puentes
y los arcos de piedra se derrumban
con los troncos que empuja la corriente.

Moscú (Rusia)

NOVENTA Y CUATRO

Me sorprende
inacabado
en cien aspectos;
pálidas facetas de un brillante mal pulido
que encuentra en los otros complemento:
familia, amigos,
compañeros
y vecinos.

La enyugada mula y los pardales libres
el cielo inconsecuente y la sacrificada tierra:
con el afectuoso corazón preservo mi origen,
con la reflexiva y ecuánime cabeza.

Varón y mujer
son árboles de una misma arboleda:
constato su evidente igualdad,
respeto sus claras diferencias.

Por aceptar
a los demás tal como son
y ayudar
a que sean como ansían ser,
se desvive mi débil voluntad
arrastrando a mi voluble proceder;
por formar un criterio
enteramente mío
y buscar el concierto de la síntesis constante
y el renovado equilibrio.

Quiero ser enterrador
de los cadáveres
tras razones opuestas sorprendidos
en los escondes oscuros de las calles,
trinchera de barro y alaridos
albañal crecido de la sangre
doblada la rodilla al fanatismo
de espíritus obtusos y cobardes.

Miden
la meseta
mis decididos pasos,
atravesando con ritmo desigual
los espesos bosques y los roturados campos;
subo a la montaña persiguiendo el mar
y los linajes nuevos y los más arcaicos
me ofrecen franca su hospitalidad.

Del Arca repleta
de parejas animales,
de plantones,
esquejes y semillas
el lugar de encalladura indago;
el origen remoto de una tribu
razón de la existencia de los astros,
bóveda de refulgentes luminarias
que amanecen los días y los llenan
de vida y esperanza.

La historia inconclusa he recorrido,
y la cambiante geografía,
soy la Aldea Itinerante,
y todas las patrias son mías.

Bakú (Azerbaiyán)

Amor de amor enamorado

NOVENTA Y CINCO

Son tus caricias como puentes,
como infinitos caminos;
son como espejos,
como espejos transparentes tus ausencias;
son como plumas,
como plumas etéreas tus silencios;
son de plomo candente tus heridas
cicatrices curtidas del recuerdo.

Bienestar lúcido y torpe
jubiloso dolor
horizonte detrás del horizonte
manantial de dicha y desazón;
mágica palabra,
amor.

En mi noche te sueño azul y fuego
amor de amor enamorado
en mi noche te sueño
zafiro al rojo blanco.

NOVENTA Y SEIS

Un verano alto, cuajado de cosecha,
la cesta de la merienda traías bajo el brazo
cuando agonizaba el sol en la era.

Te creí el verso que faltaba al poema,
la nota musical cierre del canto,
la pincelada resuelta que daba fin al cuadro.

Yo era el labrador,
el filósofo,
el esteta,
el músico, el pintor
y buscaba sin tregua.

Campanas, trompetas,
sonajeros;
de la casa de piedra llegabas,
mujer,
y llenaste todos mis huecos.

NOVENTA Y SIETE

Sencillamente sucedió
que el poeta de la luz
recién amanecida,
Demiurgo poseedor de una voluntad indómita,
tomando un pedazo de su propia energía,
en materia la fue transmutando
al paso pausado de los días.

Alfarero de la vid y las espigas
de la lava ardiente y las olas agitadas
de las algas y la arcilla,
formados en su propio molde
los lanzó, varón y mujer, hacia la vida

Tú y yo tenemos,
adorada,
laboriosa, solícita
inteligente compañera,
una tarea enorme de sueños sin orilla.

NOVENTA Y OCHO

Muchacho imberbe y espantadizo
perseguían mis ojos su presencia
un día y otro día a la puerta de la casa
un lugar y otro a las seis de la tarde.

Me miró entre curiosa y encrespada,
así que sacando fuerzas de flaqueza
le abrí mi corazón enamorado.

Un pedestal situé bajo sus pies
le convertí en estatua griega o romana
pero el desdén cayó sobre mi amor como una losa.

Mares navegué
extendí guerras contra enemigos incógnitos
y cansado de dar coces contra el aguijón
me retiré a los montes
fijando mi residencia en una cueva de raposos.

Comí raíces
bebí agua encharcada
y a la vista de esa grandiosidad del cielo estrellado
hallé la verdadera calma;
de modo que el proceder retraído
me allegó fama de santo.

En una procesión de peregrinos
tan hermosa como la primera amanecida
sin conocerme se acercó a mis andurriales.

Fue verla y recordarla,
recordarla y despertar una tormenta de rayos y truenos
que dormía.

Su presencia rompió mi voluntad
y mi sosiego,
volviendo a mí el deseo impulsivo
a modo de centella ardiente y luminosa.

El eremita santo que a sus ojos era
fue aceptado por su reblandecido corazón
y se quedó a mi lado en una cueva de lobos
prometiéndome al Altísimo
silencio y castidad para imitarme.

NOVENTA Y NUEVE

Sobre las huellas tenues
de tus pies desnudos en la playa,
sobre la blanca espuma
que burbujea la testa de las olas
cuando te bañas;
sobre la suave brisa y el dócil viento
que besan la armonía de tu cara;
sobre la eternidad de tu sueño
sobre el eco azul de tus palabras
sobre tu amor primero
quiero edificar firme el mañana.

CIEN

Esas camelias de atardecer herido
esas auroras recién iluminadas,
emisarios de paz y de sosiego,
son tus manos.

Esas palomas róseas
-ramita de olivo en sus picos-
que junto a mí se detienen

y una caricia de pluma,
breve, me dejan;
son tus manos.

Tus manos,
un universo de deseos que ha tomado carne,
de proyectos que cuajaron.

Primero tus manos se me dieron,
palmas abiertas,
y, después, tú toda,
entera y verdadera.

Mordí el anzuelo de tus manos,
devoré al instante el cebo que ofrecían
y fui presa fácil de tus brazos.

Aleteé en el ángel de tu rostro,
en el cisne erguido de tu cuello,
agonizando cien veces en el pasaje angosto,
que une mi cuerpo germinal con la vega fértil de tu cuerpo.

Puerta y ventanas de acogida, generoso arcaduz;
me vino todo por tus manos,
las sombras prietas y la clarificadora luz.

CIENTO UNO

La primera gota de lluvia fue un copo de nieve
el frío tejió mi sueño de niebla
era invierno
estaba solo, y temblaba.

Me tiene la noche acorralado
me tiene atado y no me suelta;

me tiene cercado
entre las cuerdas,
sitiado en la memoria
jazmín y piedra.

Cuando brotan de tus ojos
torrente, arroyo, río
tus lágrimas ya son mías.

No puedo improvisar una barrera
días de ira
directas van a mi corazón
sombras líquidas
y lo ahogan.

Amada mía
mi idolatrada
mi dulce enamorada,
tu futuro, edad fecunda,
huracán altivo
dolorido he de ver
en mi espejo reflejado
triste destino
garganta y labios.

Cualquier hierro
cualquier fuego
cualquier pisada profunda de caballo
en cualquier desierto
de cualquier infierno
serán por mí, en tu lugar, sufridos
afilados cipreses
sin quejido.

CIENTO DOS

Rodilla en tierra te vi en la fuente bebiendo el agua,
cuenco imposible
de las manos cálidas;
te hallé de nuevo sentada en corro con las vecinas
cuando bordabas el ajuar de novia
a la atardecida;
volví a encontrarte en la fiesta alegre de la patrona
y bailamos sin reposo hasta el alba roja.

Al amor jugaban arroyos y jilgueros,
campo de las dudas y de los secretos;
te supe mía al darme por entero
y nutrían mi boca tus sabrosos besos.

Medio siglo después,
cuando entendemos
la ingenuidad desnuda de la vida cierta,
y bajo una sola manta pasamos el invierno,
enfrentados nuestros pasos a diez mil barreras,
mi corazón te canta enardecidos versos.

Afirmando cada nuevo amanecer
lleno de energía residual:
hasta tu cadáver amaré,
hasta mi cadáver te amaré.

CIENTO TRES *A mis hijos, en el día de su boda*

Soy el mayor incrédulo sobre la faz de la tierra
el más escéptico de todos los vivientes
pero creo en lo que creo, y creo en la pareja.

Yo creo en la pareja
yo creo en la vida y creo en el futuro;

la pareja es una llave que abre puertas
un ariete que derriba muros.

La pareja es un arco que envía la voluntad muy lejos
es una escala que eleva la acción a lo más alto,
la pareja es la palanca que mueve el universo
es una flecha destinada a acertar en cualquier blanco.

La pareja es un techo muy seguro,
una despensa bien provista;
yo creo en la pareja y creo en el futuro
yo creo en la pareja y en la vida.

No he visto una pareja tan unida
que se ame tanto y se ame bien
tan dueña del futuro y de la vida
como la formada por Daniel y Maribel

CIENTO CUATRO

Amar para vivir,
considerando al amor fuente de vida;
o vivir para amar,
siendo el amor el objetivo;
yo no acertaba a resolver la disyuntiva.

Ante esa duda del todo irresoluble,
perdiendo un tiempo del que no andaba sobrado,
en tan enredosa encrucijada me detuve.

A mi edad proveya
en el horizonte se unen Eros y Thanatos,
opuestos sólo en apariencia
sólo en apariencia enfrentados.

La apetecible y dificultosa vida,
el desconcertante y prodigioso amor
y la muerte tan difamada y tan temida;
forman los tres lados del triángulo existencial,
los tres ángulos, las tres bisectrices
a los que el hombre hundido se suele aferrar.

Persiguiendo el regalo voluptuoso,
además del apremiante deseo se precisa
un estímulo que sustente el fuego y lo dote
de vocación de eternidad;
sin estímulo el deseo se apaga:
vela encendida frente al vendaval.

El estímulo fue antes que la nada primigenia,
en la intrigante y aleatoria formación del Universo.
El estímulo;
y todo lo demás,
después:
las rocas y los árboles, las palabras y la acción.

Y ahí, en ese terreno
tan copiosamente abonado del estímulo,
mi yegua de hermosa grupa,
mi cervatilla en celo,
tú ,destacas.

Ahí brillas, mi marinera intrépida,
resplandesces ahí, mi adolescente impúdica,
en el estímulo refulges,
mi adorada mujer madura.

Tu pasión agita el calendario,
pone los días en fila y los hace correr a su ritmo,

estimula mi imaginación,
acelera los procesos evolutivos,
agita mis hormonas,
fuerza la voluntad hasta el punto de ruptura,
y diseña,
ajustada a la intensidad de mis deseos,
una nueva escala para medir la felicidad.

Sumas esas habilidosas prácticas,
ya fortalecidas,
a las facultades cedidas por la naturaleza:
el deseo de superación,
la inteligencia,
la sinceridad,
la capacidad de lucha,
la fortaleza de ánimo y la facilidad creativa.

Eres la brisa en el desierto,
el rocío en el desierto,
el agua en el desierto,
el palmeral en el desierto.
Eres el oasis en el desierto,
y el desierto convertido en un enorme oasis.

Siembran mis palabras tus oídos,
hembra activa y presurosa, mi amada intemporal,
noches cálidas o frías
cuando la luz del faro ilumina la estancia
y el reloj del campanario rompe el silencio para dar las doce.

Oh!, mi provisor de dátiles y leche de camella,
de sombra fresca y agua cristalina;
oh!, mi poetisa iluminada,
mi dulce flautista,

sin ti,
qué triste sería el mundo,
qué fea la vida.

CIENTO CINCO

Amar per viure,
considerant a l'amor font de vida;
o viure per estimar,
sent l'amor l'objectiu;
no encertava a resoldre la disjuntiva.

Em vaig detenir davant aquesta dificultat precisa,
perdent un temps del que no anava sobrat
per titubejar en la cruïlla.

A la meva edat vella
en l'horitzó s'uneixen Eros i Thanatos,
oposats només en aparença
només en aparença enfrontats.

L'agradable i penosa vida,
el desconcertant i prodigiós amor
i la mort tan denigrada i tan temuda:
formen els tres costats del triangle existencial,
els tres angles
les tres bisectrius
als quals l'home enfonsat se sol aferrar.

Perseguint el regal voluptuós,
a més del desig urgent,
es precisa un estimul que sustenti el foc;
sense estímulo, el desig s'apaga:
flama feble enfront del vendaval.

L'estímul va ser abans que el no-res primigeni
en la intrigant i aleatòria
formació de l'Univers.

L'estímul;
i tot la resta,
després:
les roques i els arbres,
les paraules i l'acció.

I aquí, en aquest terreny
tan copiosament abonat de l'estímul,
la meva egua de precioses anques,
la meva cérvola en zel.
tu, destagues.

Aquí brilles, la meva marinera intrèpida,
centelleges aquí, sensual adolescent,
en l'estímul enlluernes,
la meva adorada dona madura.

La teva passió agita el calendari,
posa els dies en fila i els fa córrer al seu ritme,
estimula la meva imaginació,
accelera els processos evolutius,
agita les meves hormones,
força la voluntat fins al punt de ruptura,
i dissenya,
ajustada a la intensitat dels meus desitjos,
una nova escala per mesurar la felicitat.

Sumes, sensible femella,
aquestes pràctiques mestres,
ja enfortides,

a les facultats aportades per la natura:
l'afany de superació, la intel·ligència, la sinceritat,
la capacitat de lluita,
la fortalesa d'ànim i la facilitat creativa.

Ets la brisa en el desert,
la rosada en el desert,
l'aigua en el desert,
el palmerar en el desert.
Ets l'oasi en el desert,
i el desert convertit en un enorme oasi.

Dona activa i esforçada,
estimada intemporal,
les meves paraules sembren les teves oïdes,
nits càlides o fredes
quan la llum del far il·lumina la cambra
i el rellotge del campanar trenca el silenci per tocar les dotze.

Oh!, la meva proveïdora de dàtils i llet de camella,
d'ombra fresca i aigua cristal·lina;
oh!, la meva poetessa inspirada,
la meva dolça flautista,
sense tu,
que trist seria el món, que lletja la vida.

CIENTO SEIS

Distanciada de los acantilados espumantes
mi barca navegaba en la bonanza;
yo izaba las redes henchidas
y al timón iba mi amada.

Oscureció el día de improviso:
nubes de cólera negra

fueron ocultando el cielo azul
y con la fuerza de un millar de terremotos
arrojaron a la amura de babor
un envión ciclópeo.

Opuestos los dioses a mi felicidad terrena
descargaron un mandoble de gigante
el coletazo fatal de una galerna.

Aceptó mi frente reflexiva los desmedidos embates
de las furibundas olas,
innúmeras torturas resistió mi pecho amante,
dentro de la piel crujieron comprimidos
los duros huesos vertebrales,
y todo fue dolor y confusión
en los inicios pasmosos del ataque.

Como pluma se alzaba mi chalupa obligada por el viento
forzada a recorrer una milla en un instante,
a subir al cénit y descender hasta el nadir en un momento.

Se enfrentaron en la vertical de la rompiente
madera contra piedra en desigual batalla,
proa y popa alternaron su embestida
convertida en juguete la chalana.

No hubo debilidad ni hubo impericia
resistí cuanto las fuerzas resistieron
mientras la mano femenina prolongó mi mano,
hasta que la vida de mi amada fue arrancada de mi vida
y me transformé en los restos del naufragio.

¿Adónde iré con mi ternura
adónde con las palabras dulces

y todas las caricias que encontraban en mi amada su fortuna?,
¿qué veranos alimentarán de esperanza
el resto de los inviernos de mi vida?,
¿dónde hallaré sosiego, dónde cobijo
cuando los muros de mi casa
y el mañana soñado han sucumbido?

Acorralado por el desconsuelo que la soledad me labra
busco a mi amada en el pedregal de la rompiente
en la disgregada intimidad de las escarpas.

La busco en el ojo del huracán furioso
en el ferviente corazón de la tormenta,
en el golpe de mar que la arrancó de mis brazos y mis ojos.

Subido al infranqueable farallón de la tragedia
la mirada ciega, los oídos sordos, el entendimiento confundido
exánime,
exangüe,
extraviado el Norte que marcaba la derrota a mi destino,
lanzo al cielo la sangre fluente de la herida
y me reúno con mi amada en la hondura añil del precipicio.

CIENTO SIETE

Mi sueño dibuja al mar una orilla
cubriendo de olas rendidas la arena
alas de mariposa la etérea brisa
parpadeo de estrellas
una lluvia suave de gotas tibias.

Enamorado amante de mi niña
arman mis manos un barco de vela
para que cruce rauda la mar bravía.

Enamorado amante de mi niña
para que alcance sin fatiga la cumbre
inclinan mis brazos la montaña erguida.

Enamorado amante de mi niña
armonizo en lo profundo de su mente
la palpable realidad con la intangible fantasía.

Enamorado amante de mi niña
hago juventud de mis sesenta
y los cargo de voluntad y de energía.

Enamorado amante de mi niña
enciendo la noche más oscura
con raudales de luz y de alegría.

Contrasto mis pensadas teorías
escala de firmísimos peldaños
estudiando el proceder activo de mi niña
esa mujer que habitó casi cien años
el interior hospitalario de mi vida.

CIENTO OCHO

En este día de sentimientos firmes
en esta noche de pasión libidinosa
un deseo me asalta incontenible
de hacerte el amor sobre las olas,
acucioso compás de los envites
miembros enlazados y fundidas bocas.

Un ansia
me acomete desbocada
de invadir tu vientre a medio noche
y redoblar a las tres de la mañana;

una avidez de pechos y pezones
de muslos densos y de nalgas.

Deseo hincar mi encabritada verga
en el cráter oscuro y en la rosada herida
fisura ventral húmeda y tierna
hendidura inguinal de pulpa tibia.

Labios beso y abro labios,
allá va la templada punta
allá el glande
allá la rígida columna
allá la ancha base
que taponan la abertura.

Quiero navegarte en el vaivén marino
acompañada agitación de sístoles y diástoles
olas que marcan nuestro ritmo
desbordando el deseo desbordante.

Quiero entregarte en cien clavadas
las caricias que te abren
y el esperma que te estalla.

En este día de amor tan vehemente
en esta noche de pasión desenfrenada,
liberando el dulzor de los placeres
quiero apagar las llamaradas
de tu carnalidad ardiente
con el ardor de mis llamas.

CIENTO NUEVE

Mi deseada mujer madura
hembra plena y floreciente

de carne frutal y entendimiento reflexivo
eres la diosa Hera,
esposa del gran Zeus;
y de tus pechos, ubre generosa,
brota a diario en espiral la Vía Láctea,
galaxia formada por doscientos mil millones
de planetas inquietos.

Hijo del padre de los dioses y de la humana Alcmena,
yo soy Heracles,
el héroe que busca en tus pechos
la inmortalidad vedada.

Eres Penélope, mujer;
yo soy el nuevo Ulises, y regreso a Ítaca
cansado de guerras y aventuras engañosas.
Todo es hostil,
muros de intriga cercan la casa,
los enemigos han tomado posesión de lo mío,
pero tu agredida fortaleza aún resiste.

Tus pechos me reconocen,
esposa fidelísima;
identifican mi rostro, mis manos y mi voz;
tus pechos, sólo ellos,
saben quién es este mendigo extranjero
antes de verme tensar el arco y pasar
la flecha a través de los doce ojos de hacha.

¡Créelos!,
tus pechos
mujer madura
conocen la verdad:
saben que mi corazón los quiere esféricos y vanidosos

mi tímida gacela, mi flor del Paraíso,
saben que mi corazón los ama impávidos y encumbrados.

Eres Helena, mujer,
la espartana Helena;
tu perturbadora belleza seduce por igual a dioses y a mortales;
yo soy tu esposo Menelao, rey consorte,
y si perdono tu veleidosa conducta,
debes saber que a la memoria
de tus hermosos pechos obedezco.

Mujer nacida de la tierra fértil y las fragorosas olas,
tus pechos son el portentoso acierto de la Naturaleza práctica,
un misterio que los siete sabios de Atenas no podrían desvelar,
un regalo de Mirón, un obsequio de Fidias.
una donación de Polícleto.

Eres Esther, la valerosa hebrea,
mi alígera corza, mi dulce enamorada,
mi señora,
mi reina,
yo soy Asuero, el Rey,
ciento veintisiete provincias se inclinan ante mí,
las doncellas más codiciadas pueblan mi harén
pero, únicamente, tus pechos
estimulante
vivificadora compañera,
llenan de fiesta mi vida.

Mi adorada mujer madura,
mi virginal doncella,
mi alumna impúdica, mi deseada
hembra sensual y placentera;
tus pechos me invitan, me convidan:

desde su posición de privilegio me convocan
a un banquete carnal inmoderado.

Poseen una titilación ictínea cuando los busco,
nocturnidad marina de la arena fresca
turgentes y altos en su entrega pudorosa
pálidos a la luz de la luna turbia
perturbados por los luceros esplendentes.

Hembra total, mi animosa mujer,
mi marinera de imaginarias singladuras,
tus hermosos y erguidos pechos,
sólidos, firmes, resistentes, obstinados;
son el mascarón de proa y la proa intrépida
de tu cuerpo navegante.

Tus pechos, mujer, saben a dátiles
a papaya jugosa, a palmitos de sagú
a mango maduro, a almendra y a manzana;
tus pechos rotundos, mi inteligente e intuitiva compañera,
saben a gloria.

Son de absenta de noventa grados tus pechos,
de mandrágora y belladona,
hembra soberana, estrella polar de mi existencia,
alucinógenos son, ciertamente adictivos
y los bebo para suavizar por dentro
antiguas cicatrices aún en carne viva.

A jacinto huelen tus pechos, pulquérrima mujer,
a laurel, a estoraque, a mirto
a eucalipto, a salvia, a madreSelva y a magnolia;
a los aromas bravíos de la flora silvestre
y a la substancia fecunda del tornadizo mar salobre.

Los pechos de la mujer madura son tersos y sensuales;
de día cubren su timidez desnuda
de noche desnudan su temeraria osadía.
En la penumbra se hacen fuertes
fanfarronean, me desafían, me provocan
y los pezones se inflaman
pronunciando mi nombre innominado.

Nada me atrae tanto como los esféricos, enhiestos
orgullosos pechos de la mujer madura,
ley de la gravitación universal.
Brillantes estrellas que me hacen guiños en las noches
oscuras, cuando el cielo es transparente
y la vista cruza las enormes distancias.

Mi desconfianza viene de la primera juventud
soy un precavido a prueba de razones,
y todo lo fundamento en los pechos de la mujer madura
única realidad palpable.

Dioses del Olimpo y Monte Olimpo ellos mismos
a su cima subo para libar mi diaria
ración de ambrosía.

Admirable mujer, compendio de mujeres
bajo tus cálidos y esféricos pechos
mi experimentada sagacidad descubre
un corazón amante que aprecia el arrojo y la ternura;
una voluntad de entrega –hija, madre y esposa-
llevada a desvivirse por los suyos;
la grandeza de ánimo de la mujer emancipada
opuesta a las directoras bridas;
y el empeño social orientado a la conquista
del derecho a expresarse y actuar libremente.

Intemperie de dudas y misterios

CIENTO DIEZ

Ardoroso fluido de la noche,
impetuosa y desbordada torrencera,
esperma lanzado a la conquista
del óvulo cerrado que se entrega
al flagelo portador de llaves
capacitadas para abrir su puerta;
la existencia en sí misma es un milagro
de azarosas coincidencias.

Si la selección resulta favorable,
nace el hombre en ese parto,
resistiendo el fraternal embate
de los miembros del clan que han heredado
el hígado, el olfato y el pelaje
de un billón de antepasados.

Conquista un pezón en la camada,
de los que manan leche y miel,
resina y savia;
y succiona hasta en los sueños
perfilando dentelladas.

Un cálido lugar bajo la pata
ocupa si empuja con ahínco,
pues la neutralidad materna, tan probada,
no ve disparidad entre los hijos,
a todos los vástagos reclama,
ama a la prole entera sin distingos
y deja la tarea de elegir supervivientes,

a la Naturaleza que protege a quien se adapta,
de inteligencia sobrado o muy valiente.

Obedeciendo un ancestral impulso
abandona temprano el paridero,
para iniciar su despliegue por el mundo.

Investiga y acaba descubriendo,
explora y a continuación conquista,
adora y levanta firmes templos,
avanza y lo tomado fortifica.

Pone los hechos al servicio de la idea,
encauza el fuego y a sí mismo se domina,
equilibrando el corazón con la cabeza.

Escucha el hombre los gemidos
que arranca el viento a los desfiladeros,
las alargadas vibraciones de las cañas junto al río,
los truenos producidos al golpear un tronco hueco;
y como se trata de un gustoso ejercicio,
tras laboriosos ensayos y alguna que otra enmienda,
transforma en música los sencillos
sones de la Naturaleza.

En los fríos inviernos imagina
dragones, grifos y quimeras;
se inicia en la pintura, trabaja el dócil barro
y observa las estrellas;
descubre en el respetuoso diálogo
un pilar de convivencia,
levanta cabañas y poblados
perfeccionando las toscas herramientas.

Habita el hombre un espacio liberado de alimañas,
mezcla otras sangres con su sangre,
adopta una escala de valores bien probada
y tras pasar cien años superando adversidades,
traslada lo aprendido a la camada.

CIENTO ONCE

Furibundos
indómitos y dominantes,
en los primeros tiempos
el hombre recibió de la Naturaleza los embates;
hubo de enfrentarse a las fieras moradoras del monte bajo,
de las calcáreas laderas, de los valles;
y se armó contra los vestiglos,
hijos de un miedo insuperable.

Luchaba con ellos por el único bebedero
por la restringida caza;
y al descubrirles la rudeza del pecho
cruzado de incontables dentelladas,
admiraron su capacidad de sufrimiento
y las ventajosas mañas.

Pobló los desfiladeros y los acantilados abruptos,
meseta y altiplano donde sobrevivir es trabajoso,
completando la zigzagueante expansión de los suyos.

Poco a poco fue desarrollando
esos comportamientos humanos
que glorifican el haz y desdeñan el envés,
raíz de la actitud altiva y el quejumbroso llanto,
del náufrago que es,
cobarde y temerario.

CIENTO DOCE

El viento deja las palabras susurradas,
allí donde se cruzan
las líneas paralelas que forman los caminos.

El hombre no puede llegar al infinito
porque en él se guardan los secretos:
las palabras dichas al oído,
aquello que borró el paso reiterado del tiempo;
se almacenan las huellas sin origen ni destino
lo que se escribió en la arena o en el agua
las hojas muertas elevadas por el viento
las vidas que dejaron de ser útiles
los malos pensamientos.

Los peces que comieron el cebo y no fueron pescados
se reúnen en el infinito para burlarse del anzuelo
mientras escuchan las palabras vacías
que el hombre pronunció con el claro propósito
de que no fueran oídas.

CIENTO TRECE

Quedan sobras de alimentos en la estufa,
ropa vieja de color desvanecido,
retratos sepia de la abuela Julia,
estatuas de gente que vivió hace siglos;
castillos de moros y cristianos,
escombros griegos y latinos,
asomos vacceos bien cuidados,
estelas indelebles,
testimonios inequívocos del paso
de Ulises
en la proa aguerrida de su barco;
mandíbulas y cráneos de las primeras criaturas,

esqueletos fósiles de los grandes saurios,
diamantes procedentes de una fusión antigua,
ocurrida hace miles de millones de años;
y el corazón del hombre -acompañado innúmero latido-
impeliendo y expeliendo humores,
pide un descanso merecido.

Pasan las estrellas, las costumbres y los dogmas,
el agua del río,
las aves migratorias;
sólo el tiempo y el espacio permanecen fijos,
ánforas enormes, hidrias llenas,
donde se agita la vida buscando el equilibrio;
y temo con inquietud aceda,
que el corazón del hombre, rozado por lo tornadizo,
insistiendo contra el viento y la marea
en saldar créditos ambiguos,
desgaste su simple maquinaria y se detenga.

CIENTO CATORCE

Paso franco al hombre decidido,
paso al caballero de la niebla;
de horizontes sugestivos,
de finísimas gotas de rocío se alimenta.

Su pensamiento es veloz como el relámpago,
y alcanza a la flecha desbocada,
espoleada y acuciada por el arco.

Las ineludibles leyes naturales
y la incesante evolución de la ralea,
tuvieron antes que él experimento
para que descollara entre las bestias.

El tiempo que le guía está hecho a mano,
de retazos minúsculos, de empieces y remates:
horas perdidas en los acantilados pétreos,
muertas en batallas de titanes;
y tiene el costo bajo del grano de arena en el desierto,
de la gota de agua en los inmensos mares.

Ignorante del rumbo exacto de los tiempos,
doblega el timón, rechaza el yugo, abandona la prudencia
y recurre confiado a los graneros
que atesoran mermadas las reservas:
catedral envanecida y abrigado puerto,
arbustos, pinos, lluvia dispersa,
negra oscuridad el cielo,
centellas fugaces sobre la cabeza.

CIENTO QUINCE

En inhóspitos lugares sus ojos descubren excelencias,
valora en las estatuas la ausencia de un brazo,
la falta de cabeza,
aclimatado esplendor de los jardines,
la hiedra sinuosa, el musgo de las piedras.

Se adentra en el espacio infinito atraído por los astros,
el corazón en la mano izquierda, la mente en la derecha,
sopesando;
fiel de la balanza su nariz,
sus ojos simétricos, la pequeña boca
su barba hirsuta;
nivelando sima y monte, hoyo y roca,
aptitudes, deseos y conductas.

Duerme su intención a diurnos intervalos,
de la noche hace trampa de enemigos;

dientes contra lomos magullados,
a órganos vitales opone los colmillos.

Enfrentado a la sangre que le huye,
para ejemplo se sirve de sí mismo
y reinventa coincidentes las costumbres.

A veces se ilusiona y descubre que la vida
hasta un punto esencial de curvatura
puede ser pretendida,
e inconstante despoja desfiguras
o apasionado de las rosas encendidas
se quiebra al intentar la arquitectura.

Hace crisis su inestable resistencia
con una periodicidad impredecible:
desimanada brújula paterna,
entrechocar de espadas concurrentes,
desgarros, palabras inconexas.

En el cedazo de la duda
agita el bien y el mal mezclados,
la delirante fantasía, la cordura,
concediendo valor desmesurado
al punto original y a la ruptura.

CIENTO DIECISÉIS

Entristecían el umbral de los primeros tiempos,
la vertiginosa oscuridad inerte
y los cambiantes misterios;
vino, después, la luz para explicarlo todo,
y por fin llegaron el día y la noche sucediéndose
inalcanzables y antagónicos.

Caballero del otear velado,
tantea su vagar errático:
verde inicial, extremo bien granado.

El hombre en su postrera amanecida,
escucha las doce campanadas
y no tiene la faena definida.

CIENTO DIECISIETE

Hierve el hombre apasionado,
puchero expuesto al sol rojizo
y se agita como un niño testarudo,
insatisfecho y crítico,
que quiere ver plegado el universo mundo
a la indecisión de su capricho.

Portador de un cántaro de luz sobre la cabeza,
lo vacía insistente y obsesivo,
lago fosco de la noche interna.

Capaz de intentos repetidos
y examinador sin miramientos,
analiza el hombre teorías de diseño promiscuo,
el esmalte pálido y la claudicante lógica
de un sinfín de silogismos.

El hombre, la persona,
ese animal desarrollado
-no el dios, el semidiós o el héroe de leyenda-
el individuo, el prójimo, el ser humano;
albergan en su pecho una dolorosa incoherencia:
aman al irracional que llevan dentro y, sin embargo,
desean distanciarse al menos veinte leguas.

Es tan intensa su íntima pasión
-lenguas de lava ardiente,
enormes meteoritos,
entrechocar de continentes-
que con la voluntad intacta,
puesta la atención en los recuerdos,
abre el cauce a cien mil alboradas.

Se van superando los antiguos conceptos,
las normas no pueden regular lo irreprimible
y el arte soporta los rigores del invierno.

Conoce el hombre la perversión del compromiso
-se lo anuncia el instinto de acantilado de los tiempos
a la cabeza repleta de desafíos-
y poniéndose manos a la obra
formula con firmeza su objetivo:
trazar el escueto itinerario de la reforma
al describir con detalle el punto de destino.

No teme el destierro ni el juicio de la historia,
afronta el reto con el torso desnudo y las extremidades tensas,
redactando una doctrina universal innovadora.

La espada,
la cruz, el oboe,
los billetes de banco recién imprimidos,
la gubia y la plomada, la pluma y los colores;
alaban su valeroso sacrificio
y aprueban el aparente resultado
con matices híbridos.

Semejante al rugido del tigre,
del fragor de las galernas parejo,

el hombre se hace uno con el rayo refulgente
y entra en comunión con el sonoro trueno,
cuando eleva la espuma de su frente
hasta el impoluto azul del cielo.

Y en ese momento culminante,
olvidando antiguos sinsabores,
la filosofía, la técnica y el arte
-como suele ocurrir cada dos o tres generaciones-
entre aspavientos renacen.

CIENTO DIECIOCHO

Rumor de raíces que avanzan tierra adentro,
de tallo elevándose a las nubes:
yo creo en las razones del silencio.

Lo sospecho perdido entre la niebla,
velo que en alta mar disfraza el rumbo de los barcos,
lento avance a enviones de sirena,
previsores de súbitos hallazgos.

Lo intuyo a la sombra de la sombra,
esperanzado ciprés del cementerio,
mástil y pica cargados de memoria.

Aletargado,
dormido cabecea,
alargada lengua del ahorcado;
escondido en las campanas quietas,
su voz es el sueño del badajo.

Creo en el silencio del hombre,
y me atrevo a interpretarlo:
acerbo, ácido y salobre.

El silencio humano
se aleja del copo níveo,
indecisa pluma que desciende sobre el llano,
sobre las agujas temblorosas de los pinos,
guedeja abandonada en los sumisos pastos.

El silencio del hombre es el grito enmudecido
de quienes pretenden hacer de la justicia
un instrumento más eficaz y más preciso;
es la palabra pensada y repensada,
ignorante del camino de salida,
el aire expelido y aspirado
que en el sendero de la garganta descarría;
un vagido cortado de raíz,
el llanto del niño sorprendido por la vida.

El silencio yace en la hondonada,
en el escarpado lecho de los penetrantes ríos,
afilada roca que divide la abundancia.
Es una herida abierta por el Cierzo,
un dolor agudo surgiendo a borbotones
de las agrisadas cenizas del aliento.

Suple el hombre la carencia de patria
doblegando dragones y serpientes marinas,
y el desconocimiento del lugar de su arribada
con rotundas expresiones, acaso desmedidas,
que ocultan la aridez de la mente equivocada
en el vasto desierto de las manos vacías.

El miedo a juntar el mal desparramado:
al silencio del hombre lo engendra la cautela,
el temor a concretar lo abstracto.

El silencio es una bala que sabe mucho de objetivos,
puntiaguda garra de la fiera,
es una flecha empeñada en blancos íntegros.

Es el aullido del lobo que en la estepa
da mordiscos a la luna inabordable,
dentelladas de rabia y de impotencia;
es el bramido del toro acorralado
que opone el corazón a la barrena.

El silencio del hombre es el llamado
de quien se muerde el labio de amargura
y sujeta sus torrentes en un lago
de ígnea lava y fría espuma.

CIENTO DIECINUEVE

El hombre es de naturaleza egoísta e insociable
y si vive en sociedad
se debe a que es cobarde.

Hasta en las procesiones camina solo;
aunque opinen lo contrario los poetas
los curas, los políticos o los sociólogos.

Una pareja: varón y mujer,
son un par de zapatos en su caja
separados por la envuelta de papel.

Los aficionados a la ópera,
los miembros de una asociación gremial
o los naturales de un país,
no forman unidad;
son simple agrupación de individuos y sujetos,

aunque la estadística los una, los cruce y entrecruce
mostrando sus particulares en tantos por ciento.

Las islas enlazadas por el agua
se dicen archipiélago;
pero los nombres colectivos no juntan las partes
y las islas siguen siendo islas
a pesar de ponerles nombres grandes
que reconozcan un aire de familia.

Sin embargo, con voluntad firme y decidida,
tras persistente ejercicio,
el hombre puede neutralizar su tendencia egoísta
y aceptar que el bien de los demás es su propio beneficio.

CIENTO VEINTE

Cuando en las tardes
sosegadas de mayo,
el campo entero se convierte en una sencilla caja de música,
abierta por los grillos a las chicharras y a los pájaros;
los perros obedientes caminan orgullosos al lado del pastor,
pendientes de sus gestos,
vigilando a las ovejas con inexplicable rencor.

Muestran los agudos colmillos como navajas inciertas
a la cordera que desoyendo ladridos trisca separada
de las apacibles y sumisas compañeras,
o destaca del conjunto blanco por su lana negra.

El hombre verdadero
guarda un silencio cauto,
un receloso mutismo,
porque le atemoriza el hombre sucedáneo,
hecho de plástico y residuos,

un homúnculo de escrúpulos falto
que cree realizar los deseos divinos.

CIENTO VEINTIUNO

Veo en el presente movedizo
la impalpable línea de contacto
entre el pasado que avanza acosador
y el futuro que retrocede acosado.

Es pronto hasta que es tarde:
existe un punto idóneo de límite incierto,
para llevar a término feliz quehaceres muy variados;
tan fugaz y pasajero
que cuando llega a ser
deja de serlo.

Todo tiende al orden,
todo tiende al caos;
y el leve peso de un grano de trigo,
lleva la indecisa balanza
al súbito desequilibrio.

CIENTO VEINTIDÓS

Decidido a tratar del evidente cambio climático
retorna el invierno a la desocupada madriguera
donde le esperan para iniciar el diálogo
el debilitado otoño
y el ardoroso verano.

Día
veintiuno de marzo:
música,
color y bienestar.

La primavera,
neto espíritu de la renovación,
se esmera en el acicalado de las plantas
reclama a la golondrina el regreso a suelo patrio
y saca al oso y al lirón
de su letargo.

Suavizada la intemperie nocturna
el hombre busca a trompicones
libertad, amor y mejora de fortuna.

Los democráticos modos
intentan escalar las pirámides del poder,
pero caen al precipicio empujados por brazos anónimos
y se debaten entre el ser y el no ser.

La electrónica entrega a los espectadores de la vida
la rigurosa realidad transformada en imágenes
revoltijo preparado con intenciones inicuas
que hermana contextos reales y virtuales.

La soledad marca la confluyente trayectoria
de quien lee y quien escribe
cangilones de la noria
extremos de un hilo indivisible.

Inmortal cadáver hacia el cementerio
a la poesía la llevan entre cuatro
o entre cuatrocientos,
que son los mismos de siempre
o sus herederos.

Sucedáneo del equilibrio y la armonía
el ritmo sazona múltiples ejecutorias

repetido son de la monotonía:
marchas militares y disparos de ametralladora,
mentiras hechas verdad a fuer de repetidas.

Extendido articulado de la ley del embudo,
la cadena que une a los unos y a los otros
separa a los otros de los unos.

Los dorados dedos de la amanecida
bruñen el gris metálico de las ciudades
que recuperan la palidez a medio día.

Los intermediarios sin ronزال y sin bocado
disparan sobre la multitud consumidora
ráfagas de iniquidad y precios altos.

Para dar satisfacción a un rico
son necesarios, cuando menos, mil hambrientos;
mil necesitados, mil indigentes, mil mendigos
para que un rico se sienta satisfecho.

Pinta oros el futuro, y contiene la risa
de tan pluscuamperfecto como viene,
y el pretérito decora las tarjetas de visita
de la gente que no sabe lo que quiere.

Todo ha de cambiar vertiginosamente
con el vertiginoso giro de los radios de la rueda
para que, continuidad y avance, a todos se contente.

Por lo visto y oído debemos sonreír
aunque nadie nos desvele el acertijo,
porque la primavera acaba de empezar
y el invierno se refugia en su escondrijo.

Entre tanto,
la sufrida gente del pueblo
vive agobiada en su redil;
soslayando los problemas viejos,
aún sin resolver;
a los que se suman sin aviso previo,
carentes de pronta solución,
cientos de problemas nuevos.

CIENTO VEINTITRÉS

Convertidos los símbolos del antiguo orden
en frágiles vasijas para guardar el nuevo,
saqueadas las tumbas dormitorio del hombre
y cegado el pozo que regaba el huerto,
los claros manantiales donde bebía de bruces
el agua tan pura y tan callada, secos:
cauteloso rumor, espiga y piedra,
las inacabables horas avanzan a destiempo,
permitiendo a los reflexivos profetas
entender el porvenir como un anzuelo.

Después de tantos sinsabores soportados en su nombre,
de superar dudas razonables y múltiples prejuicios,
la naturaleza del futuro se conoce.

Es uno más de los antiguos mitos,
cuidado como embrión en vientre de gestante,
que ponen de actualidad los convencidos,
para que la gente mire hacia adelante.

Entre el ayer difunto y el nonato mañana se libra atroz
combate,
ambos recelan del entorno, de nada están seguros,

no se fían del presente ni un ápice,
intuyen que cualquier suceso absurdo
puede variar su rectilíneo avance.

Si todo se cortara aquí ipso facto,
si el Universo en expansión diera la vuelta por entero,
si al llegar a las tapias de los últimos establos
el viento se quedara quieto,
lo que fue y lo que será permanecerían confinados
junto a las ideas sometidas al silencio.

Mas nos mueve la voluntad inquebrantable
de arrastrar el bagaje del pasado,
milímetro a milímetro, planicie o valle,
por los carriles que el presente ha colocado.

CIENTO VEINTICUATRO

No se exhiben las chozas,
consecuencia
del dispendio habido en los palacios;
se ven descomunales megalitos
que hablan de pobres y de esclavos,
ingente mármol victorioso
extraído a latigazos.

Puesto a salvo el mensaje del pasado,
a la arquitectura colosal me ofrezco inapetente,
y en mis visitas a lugares santos,
no entro en catedrales para ver dinteles,
pétreas columnas,
labrados capiteles;
busco cabellos de luz horadando rincones en penumbra,
una selva de espacios verticales,
el frescor, la soledad difusa.

Animal entre animales, carne y hueso;
despierta mi interés el hombre:
ciudad o campo abierto.

Espero al muchacho en el crucial instante
de penetrar la resistente adolescencia,
cuando acepta decidido los debates,
se enfrenta cara a cara a los problemas,
busca la verdad en las incógnitas
y saca las excepciones de las reglas.

Escucho atento las distantes aventuras
que el anciano cuenta de manera distinta a cada hora,
hago más las adherentes dudas,
las variaciones verbales de los faltos de memoria,
sus encharcadas lagunas.

Reacciones químicas o impulsos eléctricos,
breve teoría y prolongada práctica,
la inquietud del hombre viene de muy lejos.

Mueve el mundo en sentidos divergentes,
da vuelta a los siglos,
los convulsiona y estremece;
vacía los océanos en su incesante escrutinio
y sólo posee una herramienta conocida,
el entusiasmo enardecido que en su interior anida.

Soy una pieza ayudando a que el reloj se active
y mueva a la que a mí me mueve,
en una evolución flexible,
donde se da lo que se tiene
y lo necesario se recibe.

Suponiendo la existencia un lapso breve,
ayude cada vecino a su vecino,
que la Naturaleza se ocupa de la especie.

CIENTO VEINTICINCO

Abandona la soledad los cementerios:
fosas cavadas a mordiscos,
lágrimas reseca sobre el campo yermo
porosos huesos blanquecinos
quebrados pensamientos
pretensiones de efecto diferido.

Reverberantes arenas, espejismos,
ajena resulta la soledad al brillo trémulo
de las desoladoras dunas:
simientes dormidas y proyectos atados a proyectos.

Huye de los vastos mares:
agua, peces, algas, carámbanos helados,
sal, corales, sueños desoídos, tempestades.

Voluntad fondeada, vacío mental,
la soledad, parásito perpetuo,
habita al hombre y está donde él está:
ensayos, errores y mínimos aciertos.

CIENTO VEINTISÉIS

Cuando dan las dos de la tarde
en el altivo reloj de la iglesia,
y el mes de julio llega a los dos tercios,
no se atreve el día a cruzar las rastrojeras.

En la crítica hora de la siesta
-Tierra de Campos, Cerrato
mil novecientos sesenta-
seis lagartos censados en el páramo
y vecinas del arroyo diez culebras,
del calor extremo se defienden ocultos bajo peñas.

Resbala de la frente el sudor, enturbia la mirada,
es salado en la punta de la lengua,
sobre los sedientos labios descansa,
riega el fuerte cuello
el pecho enmarañado y las espaldas.

Es el tiempo inaplazable de los hechos,
cuando se quiebra el tallo de la espiga,
y desgrana el oro de los granos
el incandescente sol de medio día.

Deseosas de emplearse en la faena,
la pericia del oficio practicado
y la fuerza de los brazos se liberan,
cuando derrama el jugo de su miel
repleta de dulzura la colmena,
cuando regresan cansadas de los pastos,
ubérrimas de leche las ovejas
y en la recia fragua del herrero,
encendido de llamas y tizones,
rojizo sobre el yunque espera el hierro.

Ahora el cielo concede sus favores,
cosecha plena en la llanura y en el valle;
ahora, que el día se alarga luminoso
y la tarde no muere hasta muy tarde.

Ahora alcanza su máximo esplendor
la plenitud carnosa de la pulpa,
y la firme tersura de la piel
puede llegar a la ruptura,
inflamada más allá del límite,
de tan lozana y tan madura.

Hay que despojar de fruto a los frutales,
que luego se desvanecen los aromas
y la lluvia quedamente acumulada
con premura apresurada se evapora.

Hay que poner a resguardo la cosecha,
pues las nubes se oscurecen de improviso
y descargan su fardo destructor
sobre espigas, almendras y racimos.

Es la hora de los brazos en refriega:
segadores acuciosos y agosteros
armados de horcas puntiagudas y rastrillas de madera,
de corvas hoces afiladas
que agavillan y enmorenan.

Es tiempo de esforzadas voluntades:
fuertes torsos de purrir las nías,
de subir a la panera los costales,
ingenio de idear economías:
aptitudes enfrentadas al destino,
resistentes a la sed y a la fatiga.

Culminación del esfuerzo prolongado
llegó la hora de la verdad de las verdades,
hay que recoger las frutas en sazón
y los maduros cereales,

y todo debe hacerse ahora,
porque después es tarde.

CIENTO VEINTISIETE

La gente de la calle, la común y corriente
la que comienza el día cuando el día empieza;
esa gente magnífica que empuja el planeta
me entusiasma y me sorprende.

A las brisas frescas
y a las fragantes rosas
recién abiertas
esa gente les nombra
primavera.

A las travesuras de los niños obedientes
y a las gangas halladas en las tiendas
les dice esa buena gente
primavera.

A las noches serenas
y a la vecina luna
pálida y llena
les llama
primavera.

A comer tres veces al día
un plato de lentejas o un guiso de tubérculos
y algunas costillas
de gustoso cerdo,
le dice primavera esa gente sencilla.

A enlazar a tiempo un autobús con otro
para llegar puntual al taller o a la oficina

y trabajar con mucho agobio
once horas cada día,
cobrando después de larga espera
una paga mezquina,
le llama esa gente primavera.

A pasar una mañana entera
sin lumbago ni ciática,
reuma, gastritis o jaqueca,
esa gente resignada
le dice primavera.

Los hombres y mujeres de carne y hueso
exceden mi enorme capacidad de sorpresa:
encaran la vida sin complejos
rezuman entereza
derrochan esfuerzo
pregonan sus intimidades en las sala de espera
y al menor indicio de mejora
a la realidad más pequeña
a cualquier cosa
le llaman primavera.

CIENTO VEINTIOCHO

A gente da rua, a comum e corrente
a que começa o dia quando o dia começa,
essa gente magnífica que empurra o planeta,
me entusiasma e me surpreende.

Às brisas frescas
e às fragrantas flores
recém abertas,
lhes chama essa gente
primavera.

Às traquinadas das crianças alegres
e às pechinchas achadas nas feiras
lhes diz essa boa gente
primavera.

Às noites serenas
e à vizinha lua
pálida e cheia
lhes chama
primavera.

À comer três vezes ao dia
um prato de lentilhas,
um guisado de ovelha
ou algumas costelas de porco,
lhe diz essa gente primavera.

À enlaçar a tempo um ônibus com outro
para chegar pontual à oficina
e trabalhar quase sem repouso
onze horas ao dia,
cobrando depois de uma comprida espera
uma paga mesquinha,
lhes chama primavera.

À passar uma manhã inteira
sem lumbago, ciática
reumatismo, gastrite ou enxaqueca
lhe diz esta gente
primavera.

Os homens e mulheres de carne e sangue
excedem minha capacidade de surpresa:

contagiam ilusão, derramam coragem,
arrostando a vida com a mirada aberta,
comentam em voz alta suas intimidades,
abarrota as salas de espera
e ao menor indício de melhora
à realidade mais pequena
a qualquer coisa
lhe chamam primavera.

CIENTO VEINTINUEVE

Con una pluma de cálamo partido,
el hombre desguarnecido se defiende,
polvo en agua desleído,
tinta viscosa surgida de su frente.

Es una pluma solamente
y la blanca superficie en flecha,
en daga la convierte;
la palabra que perfil es un cibrés lanzado contra el cielo,
para desaguar sus rebosantes recipientes.

Recoge rayos el sol, envaina su soberbia,
retrocede y huye ante ejércitos de nubes
embutidas en armaduras prietas,
amazonas sobre corceles infernales
que hostigan una cólera densa.

Llueve la negrura que tizna el horizonte,
los confines se diluyen en gris oscurecido,
se agita el dios de la borrasca y parpadea resplandores,
visos perversos que lejanías agigantan,
cristales transitados por gotas laterales
en una tarde de verano bien bastarda.

Van siendo las seis y el campamento
-levantado en el seco álveo de un torrente-
en círculos de piedra aviva el fuego,
y con la tranquilidad de quien ignora los peligros,
apura faenas diferidas por el breve asueto
o desata recuerdos de los tiempos idos.

Planchas de hojalata forman techos y paredes,
cascotes de algún derribo, tablas rotas,
frágil refugio destinado a expulsar a la intemperie.

El viento lo avisa,
un olor a crisantemo marchito
viene del Norte cargado de presagios:
se han callado los grillos
y los inquietos gorriones revolotean en círculo.

Presto el altar, la ofrenda desconoce los designios;
procesiones de nubes llegan al lugar de los hechos
siguiendo el orden inmutable del aviso.

Las temperaturas elevadas, carentes de paciencia,
perforan la colina de los vientos;
los indómitos valles desdibujados centellean
y desde lo alto de las nubes altas
ordenadamente se dispone la tragedia.

Descubre el ojo torvo en solitaria cabalgada,
el temor oculto de los campos a las ingratas sementeras;
por doquier el mal augurio,
por doquier la herida abierta,
por doquier la muerte presentida,
insospechada y, sin embargo, manifiesta.

Urgidas galopadas de las piernas,
la primera gota inaugura el desconcierto,
cauta avanzadilla de sus compañeras,
las que ocultan el sol agazapadas
esperando instrucciones más concretas.

Son millones y una sola es vida en el desierto,
añadidura del mar no desbordado;
una gota no es peligro,
ni diez juntas, ni mil veces un vaso.

Con cuatro nubes enconadas se forma una tormenta,
tres tormentas caben en un valle,
son tres los valles convergentes y treinta y seis
las nubes que acumula la gran nube resultante.

Por allá resopla la galerna,
toneladas de agua, millones de metros cúbicos,
una fortuna si se reparte en el lugar de la carencia:
tierra reseca y cuarteada, balbuciente agricultura,
fréjoles, tubérculos,
hierba agostada y mustia,
alimento que salva de la muerte
salvando de la hambruna.

Apedrean las nubes con oro la puna y la sabana,
cientos de millones de onzas,
pasto para un millón de vacas.

¡Agua va!, y las treinta y seis nubes,
y la nube total, el universo entero, las líquidas esferas,
abren las compuertas y en menos de una hora
cae con destructor impulso
el agua de todos los planetas.

Los pies no encuentran suelo
se disuelve la tierra
todo es líquido, y su fuerza de arrastre,
arrastra rodando y rodando las piedras.

Las ramas se desgajan de los árboles
se tronchan los tallos de las plantas,
el dios de la muerte exige un centenar de víctimas
y el dolor de las supervivencias desgarradas.

Hay familias abajo,
personas de todas las edades,
borbotones de ternura,
animales,
enseres, útiles de pesca, aperos de labranza,
amor a la Naturaleza inmensurable.

Se vuelve contra el hombre el ajuar diario,
arrasa arrasado y es espada;
es martillo, es estaca, es mazo;
es hacha violenta, es hiriente navaja.

Resisten los valientes derrochado brío,
agonizan tratando de remediar el abandono,
alentando a los vivos y a los muertos.
Huyen los cobardes y se salvan solos.

Trócase la tierra en pegajoso limo,
los leños y las piedras se hacen presa,
sujeción de mares bien nutridos;
y en el momento que la fatalidad elige,
suelta el incontenible contenido.

Exaltados relinchos de caballo
de las gargantas escapan fugitivos;
los bramidos de toro ensangrentado
y los conmovedores gritos
expresan el abatimiento compartido.

Es abrumadora la impotencia,
y tras el momento eterno que dura la congoja,
ultrajan los heridos a quien ha dictado la sentencia.

La muerte forma manojos con los cuerpos:
manos asidas a los brazos,
brazos aferrados a los cuellos,
cuellos unidos a los labios
y los labios mordiendo a la vida
el amor enamorado.

Troncos abiertos en canal se hacen cimientos,
y soportan el peso de los muros derribados,
de los precipitados techos.

Las astillas, incisivas como alfanjes,
y los árboles arrancados de cuajo,
son armas para el descomunal gigante
que vomita el agua de los siete mares
sobre el insignificante hormiguero humano
acostumbrado al abuso de lo grande.

Cuando el cielo aclara su color y el temporal amaina,
ofreciendo evidencias quedan los despojos:
cabezas aplastadas por piedras inocentes,
extremidades presas bajo escombros,
vientres hinchados sobre desnutridos vientres,
cuerpos oprimidos rebozados en el lodo.

El lodo, el lodo, el lodo;
el lodo desprende de su seno improvisado,
la expectativa de encontrar algún respiro
y el hedor de los restos putrefactos.

Los cadáveres preferidos por el agua,
son arrastrados río abajo,
hasta el delta que acoge en la ensenada,
el barro y la madera, los cantos rodados.

La tierra amanece devastada:
la batalla desapareja -sólo un bando-
ha dejado un esplendor corito,
cubierto por miembros descarnados,
de imposible retorno a los caminos.

En el cauce yermo de las vacías torrenteras,
en los meandros de los ríos secos,
levantan los parias de la tierra,
sus pobres campamentos,
sus frágiles viviendas.

CIENTO TREINTA
Está en el valle desierta la pradera,
y no hay razón;
un hombre,
como excepción,
como regla,
pasea un perro
o viceversa.

En la crecida orilla de la mermada charca,
junto a un potrillo retozón

pasta una yegua baya;
pinceladas móviles sobre el estático verdor,
último sábado de abril por la mañana,
mil novecientos noventa y dos.

Bebe después de cuatro intentos
una bandada de palomas,
vigilante, asustada,
recelosa;
y al menor indicio de peligro
se evapora.

La temperatura
-en grados- de la campa
sobrepasa los treinta,
soportados por estoicos trigales y cebadas.
La cosecha será exigua,
en este año por demás aleve,
si no cambian las variables del clima,
disminuye el bochorno y al fin llueve.

Casa de labradores remozada:
corrales, paneras, cuadras;
en la Residencia de Ancianos
ha enfermado la esperanza.

La soledad reduce afectos y recados,
borra las mudables coordenadas
que sitúan el mundo en algún lado.

Monólogo constante,
sermón monotemático,
conjuros desvaídos,
retahíla de deseos y rechazos.

Una línea divide el espacio,
tan sutil que apenas se percibe;
finge ser, aparenta
-infranqueables, alargados-
un hilo de seda,
un cabello dorado,
el bejuco de la hiedra;
atravesía arroyos, campos de labor y pinares,
penetra en la casa por la puerta trasera,
en la sala de espera se detiene un instante,
recorre una a una las camas desechas,
sale por el balcón que da a la plaza,
sube a la torre eminente de la iglesia
y se pierde en el tiempo que la memoria alcanza.

Aquí,
en el sanctasanctórum inexacto,
área vedada a las visitas,
pueden percibirse el agudo ingenio evaporado,
la belleza marchita,
y el increíble relato
de la posición perdida.

Allá,
en la otra vertiente de la raya,
los hijos y los nietos, la tumba del esposo,
la casa en ruinas techada de nostalgias
y la heredad plena de abrojos.

Inicia temprano la mañana
la hora incómoda del aseo diario:
el ser humano está desnudo sobre la túnica encharcada,
el pergamino de su piel descolorida

recibe el viento a ráfagas,
choque continuo
de puertas y ventanas.

La corriente ventila habitaciones,
carencias largo tiempo escondidas,
calenturas, orines de la noche,
reincidentes pesadillas,
el sueño agitado del insomne;
embriones vivos de una muerte implícita,
fatídicos temores.

La realidad circundante se convierte en norma,
los hechos repetidos forman guía,
y el cuerpo humano sobrevive en medio hostil
hasta que la muerte libera de la vida.

En impulsos de resorte toman
-la cavidad llena del pico sumergido,
tres o cuatro gotas-
después de cinco intentos fallidos
ocho o diez palomas:
vigilantes, asustadas,
recelosas.

Está en el valle desierta la pradera,
como excepción, un muchacho,
con evidente indolencia,
lanza piedras a un gato.

CIENTO TREINTA Y UNO
Descubre el hombre
en el mundo una alacena,
repleta de vegetales vivos,

tímidas gacelas,
palominos
y caimanes al acecho de la supervivencia;
una cadena que va de la serpiente al ave
y de la punzante zarza a las ballenas.

Acumula abastos para el porvenir incierto,
sobrantes y carencias le fuerzan al trueque,
hace del ganado eficaz moneda de regateo
y sirviéndose de la tibia plata y del oro ardiente,
convierte el mundo en un mercado abierto.

La roca labrada,
la estrella de mar,
el marfil del elefante
y la sangre del irredento;
llevan impreso un código de barras
que explica la composición y el precio.

El dinero grande,
el que persigue sólo su incremento
y compra panadería y panadero en vez de pan,
al modo de los celestes agujeros negros
actúa como un perfecto imán:
todo cuanto existe somete a su imperio:
la dignidad de las personas y la justicia social.

La cólera del hombre
en ocasiones definidas,
se arma de justicia y argumentos
y arroja al eterno silencio de las tinieblas vacías,
a los traficantes del esfuerzo ajeno,
de la acción ilusionada y de la vida.

CIENTO TREINTA Y DOS

Bañando en lágrimas
la frágil tenacidad de sus pupilas,
despejada la infinita cerrazón de la mirada,
vació la carga íntima y acabó dormido
-voluntad de escape como la yedra trepadora
sueños de independencia y desafío-
cuarta galería
el penado trescientos veinticinco,

Y las rejas
las férreas e intransigentes
rejas de la cárcel prieta,
insuficientes fueron para contener su ánimo tranquilo
su firme voluntad
su alivio.

La soledad del hombre encarcelado
se ensancha un día y otro día:
breves destellos de punzante acero
inquietantes tenazas
rencor incontenible
nostalgia.

Desconfianza de todo lo existente:
salientes y orificios,
lluvia lejana
viento áspero
negrura opaca y alargada.

Sombras de piedra
humillación
llegar a bestia.

Sorprendente rutina de registros y recuentos,
gritos y silencios partiendo la noche en mil pedazos
privilegios;
prevención de las uñas y los dientes
constante lucha por el minuto que sigue
al minuto presente.

Defensa heroica del milímetro circundante:
la fiera en actitud rebelde
picas, rejonas, lanzas,
enorme pequeñez ferviente
y el miedo a perder el favor de la manada.

El hombre original
el hombre convertido en lobo
el hombre rapaz
el hombre llevado a la alimaña
y el hombre residuo de los hombres
juntos en la misma jaula.

En tan extremas circunstancias
si el preso encuentra unos oídos
dispuestos a la escucha
y se dan
la temperatura apropiada en grados Celsius,
la presión y la humedad ambiente
que convienen más a los recuerdos,
derrama su pesar y duerme;
porque la soledad
al hombre encarcelado
le viene ya de fuera
y es su condena más antigua
haya o no paredes, con rejas o sin rejas.

CIENTO TREINTA Y TRES

Ayer,

tan sólo ayer,

realidad insoslayable

-llueve sobre Madrid, doce de marzo-

el terror escogió trenes repletos de obreros y estudiantes,
para exhibir su monstruoso gesto enmascarado.

Esperaron ocultos los sicarios a los más madrugadores,
a los forzados a vivir lejos del lugar de su trabajo,
y cuando los tuvieron hombro con hombro, comprimidos;
cuando la densidad de población llegó a su límite más alto,
sirviéndose de los últimos avances de la técnica,
provocaron violentas explosiones,
estruendos, llamaradas, fogonazos.

En la apocalíptica

escenificación del último desastre,

los esbirros del terror atacaron a la sociedad en sus cimientos,
estallando bombas repletas de fanatismo y de barbarie.

Perseguían el número,

la turbamulta, el enjambre,

el humano hormiguero;

caja de resonancia de su falsa razón inconfesable.

En un instante el caos confundió las mentes

los cuerpos fueron acericos agujereados de metralla,

lavaron el suelo litros y litros de sangre efervescente;

raíles retorcidos y chapas seccionadas

arrancaron de los cráneos la esencia inteligente;

y un desgarró de gritos

huyó por las gargantas abiertas en los vientres.

Incapaz la piedra, incapaz el árbol,
incapaces el lobo y la serpiente,
el tiburón y el leopardo;
fueron infrahombres fragmentarios, residuales o cocientes,
los únicos capaces de concebir tales estragos.

En nombre de qué ofensa inexcusable
prepararon los potentes explosivos,
en nombre de qué dios o de qué patria colocaron los cables,
sabiendo que a esa hora y en ese concreto espacio
no iban a encontrar culpables.

Sin embargo,
más allá de la muerte conseguida,
fracasaron;
más allá de comportamiento tan abstruso y tan cobarde,
se mostraron incapaces de impedir que el cuerpo solidario,
llevase su mano a taponar la herida inabarcable.

Ayer, tan sólo ayer
-llueve sobre Madrid, doce de marzo-
el terror reventó trenes repletos de obreros y estudiantes.

CIENTO TREINTA Y CUATRO

Rayando el alba, hora temprana de la amanecida,
varones y mujeres de vida independiente
van a la oficina;
y cuando entran en el zaguán del banco
para proveerse de un poco de dinero,
operación facilitada por el cajero automático,
se quedan boquiabiertos.

En el reducido portal de las mínimas gestiones,
donde la máquina expendedora de papel moneda

facilita a cada uno
-teniendo en cuenta el saldo
y la capacidad de endeudamiento-
una porción variable de sus duros,
los clientes somnolientos
descubren acostado al vagabundo.

Elude la intemperie cada noche
en ese espacio estrecho
y sobre la estera de piel de coco duerme a pierna suelta,
tan plácidamente como aquellos
que se saben libres de problemas,
porque al terminar el día otro nuevo suministra el calendario,
lleno de posibilidades,
todavía intacto.

Cubre al indigente una manta breve,
que resalta los pies enfundados en dispares calcetines;
yacen sus zapatos como en víspera de Reyes,
abarloados a la espera de regalos inservibles;
y en el lado derecho de la cabecera
-evidenciando cierto descuido-
los objetos que se suelen dejar sobre la mesa:
llaves que abrieron puertas y postigos,
la manoseada calderilla
y un vaso de agua,
depositario nocturno de la dentadura postiza.

Las gentes laboriosas
las que marcan al día su comienzo,
observan a durmiente tan despreocupado
y se van a otro cajero
tomadas por un temor abstracto.

CIENTO TREINTA Y CINCO

Sin duda

estoy profetizando:

acabarán por encontrarse en los insondables infiernos,

Sísifo

y Tántalo.

“Tu tormento resulta llevadero”:

exclamarán ambos:

“el mío es en verdad acerbo”.

CIENTO TREINTA Y SEIS

Me creo en la obligación caritativa de hablar al colibrí,

de explicarle sin ambigüedad ni circunloquios,

imprecisos atajos o desdibujadas sutilezas,

su esencial contribución al obstinado ciclo

dedicado al progreso por la Naturaleza.

Le desvelaré de manera concluyente y decisiva,

que en su ir y venir desazonado

-buscando el alimento necesario para las idas y venidas-

de la antera al estigma poliniza flores;

labor imprescindible si se quiere que los frutos se presenten,

entreguen la semilla, la transmitan

y pueda desarrollarse y extenderse

el hilo alargado de la vida.

Me comprometo a revelar al colibrí

el sentido final de su ajetreo,

paralelo o prolongación del mío

si me atengo a la larga experiencia que poseo.

Disidencias

CIENTO TREINTA Y SIETE

En los remotos tiempos, el Dios de las Cosechas,
cuando no existía aún la especie humana,
de cada región deshabitada de la Tierra
recogió el grano cereal que cultivaba.

Sumó arroz, trigo y avena
maíz y sorgo unió al centeno
sientes de todas procedencias
llevó al molino más de ciento;
harina tamizada en uniforme mezcla
amasada y sometida a vivo fuego
hasta tostar por completo la corteza.

Del resultante pan recién cocido
un pedazo retornó a cada comarca
del cual proviene el hombre primitivo:
igual composición, distinta estampa.

Sea faz el hombre o sea espalda
rígido cuscurro o blanda miga
el color es lo único que cambia
la sustancia humana no varía.

CIENTO TREINTA Y OCHO

Nos remotos tempos, o Deus das Colheitas,
quando ainda não existia a espécie humana,
de cada região desabitada da Terra
recolheu o grão do cereal que cultivava.

Somou arroz, trigo e aveia,
milho e sorgo uniu ao centeio,
sementes de todas procedências,
levou ao moinho mais de um cento;
farinha tamisada em uniforme mescla,
amassada e submetida a fogo lento,
até torrar bem a camada externa.

Do resultante pão recém-cozido,
um pedaço retornou a cada comarca,
do qual provém o homem primitivo:
igual composição, distinta estampa.

Seja face o homem ou seja costas,
rígida crosta ou suave miga,
a cor é o único que troca,
a substância humana não varia.

CIENTO TREINTA Y NUEVE

En cuanto la indómita Naturaleza
facilitó al hombre abatido y maltrecho
un momento de tregua,
las mentes despiertas dedicaron su denodado esfuerzo
a escrutar enigmas de engañosa apariencia:
el soplo vital de mente y cuerpo,
los puntos de salida y afluencia
y el sentido último del Universo.

De ese proceso intelectual
surgió un Ser único y primero,
arranque y fin de todo lo existente y existido
por deseirlo eterno;
y por considerarlo infinito:
un Ser enorme que contiene en su seno el Firmamento.

Identificó el hombre al Ser con el bien soberano,
tan generoso que permite la existencia del mal,
tan fuerte que lo vence a diario.

En lugares elevados o en cruces de caminos,
erigió altares bien dispuestos
para ofrecerle dones y sacrificios.

Fundó órdenes de ungidos sacerdotes,
de sacerdotisas intactas y obedientes;
encargados de pronunciar -los menos torpes-
la última palabra sobre lo bueno, lo malo y lo indiferente;
y de recaudar -los más fornidos- primicias y diezmos
con los que llevar el credo a todas las gentes.

El hombre comprobó con satisfacción velada
que la existencia del Ser daba respuesta a cualquier pregunta,
a cualquier inquietud humana:
la organización social, la administración de la justicia,
la libertad de elección y la igualdad en la línea de partida.

El hombre se dedica desde entonces por entero,
a poner en marcha la sociedad global,
la de la tribu única y el reglado pensamiento,
siete mil millones
de activos consumidores y votantes satisfechos.

CIENTO CUARENTA

La Naturaleza juega
al juego de las sillas con el hombre;
lo han dicho en todos los tiempos
los más agudos pensadores.

Siendo como son insuficientes los asientos para todos,
cuando la música vuelve al silencio que rompe
y quienes giran en corro buscan acomodo;
los participantes menos hábiles, los más torpes,
los débiles, los incapaces de empujar a otros
y los que gustan en verdad de los acordes,
quedan fuera del enredo como juguetes rotos.

No es extraño, el demiurgo mismo, el creador,
teniendo vedado jugar a las canicas con los esféricos planetas,
utiliza al hombre a modo de muñeco en su guiñol;
actúa como un infante carente de amigos,
como un chiquillo egoísta y voluble
que pasa del contento al enfado en un suspiro.

CIENTO CUARENTA Y UNO

En lo antiguo el hombre se debía a su ralea,
y la tribu representaba la patria del hombre,
la familia, el amparo y la despensa;
la propiedad era común y eran comunes los proyectos,
amigos y enemigos, el trabajo y la cosecha.

La tribu se fue diluyendo en las costumbres,
la bonanza permitió al hombre
mostrar lo verdaderamente suyo;
el individuo, separado de los otros, se hizo gente
y la gente descubrió, inventó,
modificó,
puso precio a las cosas.

Cuando quitemos el precio a las cosas,
la gente sufrirá como si le arrebataran las cosas,
porque no sabe separar las cosas del precio de las cosas.

Cuando quitemos el precio a las cosas,
aparecerán la duda y el recelo,
pues la gente aprende en la primera infancia
-saber agostador de la inocencia-
que antes o después todo le cuesta;
y si, en etiqueta colgada o adherida,
no se muestra bien visible el monto
-escrito en caracteres claros,
cerca del número redondo-
suele deberse a que es muy alto.

Cuando quitemos el precio a las cosas
y las cosas se muestren desnudas a la gente,
la gente no reconocerá las cosas,
porque sabe que el precio es para las cosas
como la forma, el color, el olor o la textura
que deben tener todas las cosas.

Cuando quitemos el precio a las cosas,
no sabrá el orden que siguen las cosas,
equivocará la jerarquía
y todo será un caos para la gente que ordena las cosas
por el precio que tienen las cosas.

Pero si queremos que la gente valore atributos primordiales,
como la belleza de líneas, la utilidad práctica,
el sonido del viento al abrazar su superficie,
la suavidad del tacto, la naturaleza de la sustancia sólida,
debemos quitar el precio
que un día se puso a las cosas.

CIENTO CUARENTA Y DOS

Antigamente o homem
era antes de tudo a sua ascendência

e a tribo representava a pátria do homem
família, amparo e despesa;
a propriedade era comum e eram comuns os filhos
os projectos, o trabalho e a colheita;
compartilhava-se também
a íntima dor ou a profunda alegria
e o individual não se manifestava quase
apenas florescia.

A tribo foi-se diluindo nos costumes
a bonança permitiu ao homem
mostrar sua personalidade,
o homem, separado dos outros, fez-se gente
e a gente descobriu, inventou, modificou
pôs preço às coisas.

Quando tirarem o preço das coisas
a gente chorará como se lhe arrebatassem as coisas
porque não sabe separar as coisas
do preço das coisas.

Quando tirarem o preço das coisas
a gente albergará a dúvida e o receio
no seu dorido coração,
pois aprende na primeira infância
- saber sequestrador da inocência –
que antes ou depois
tudo lhe custa;
e se, em etiqueta fixada ou colada,
não se mostra bem visível o preço
- escrito em caracteres claros
perto do número redondo –
costuma dever-se a ele ser alto.

Quando tirarem o preço das coisas
e as coisas se mostrarem nuas à gente
a gente não reconhecerá as coisas,
porque sabe que o preço é para as coisas
como a forma, a cor, o cheiro ou a textura
que devem ter todas as coisas.

Quando tirarem o preço das coisas
a gente ignorará a ordem que seguem as coisas
equivocará a hierarquia
e tudo será um caos
para a gente que ordena as coisas
pelo preço que têm as coisas.

Mas se queremos que a gente
modifique sua maneira de ver as coisas
e avalie atributos primordiais
como a beleza de linhas
a utilidade prática
o som do vento ao abraçar sua superfície
a suavidade do tacto
a natureza da substância originária,
devemos tirar o preço
que um dia se pôs às coisas.

CIENTO CUARENTA Y TRES

Hoy, cuando la esperanza es tan efímera
y vive en desencanto diluida,
¿quién ofrecerá un futuro codiciado
si muere la Utopía?

¿Quién descubrirá la poesía,
vedija entre las zarzas,
velero de papel a la deriva?

¿Quién pondrá imaginación en las pintadas
-ingenio de las frases-
que derribe barreras y murallas?

¿Por qué razón edificante
la policía hostigará a los jóvenes,
qué gestas relatarán los abuelos a los nietos,
quién defenderá al pueblo
de la acción de los políticos,
quién restablecerá el equilibrio descompuesto
quién hablará de la persona
qué será de la palabra compañero
quién osará trazar camino propio
quién se opondrá a los intereses de los más interesados
qué será de la pluralidad de vías
quién estará de nuestro lado, si muere la Utopía?

¿Quién reducirá las insalvables diferencias
que separan halcones y palomas,
quién amará al hombre por su esencia quebradiza,
quién sembrará la paz, el perdón, la valentía;
el amor, la libertad, la convivencia,
si muere la Utopía?

¿Quién impedirá que den forma a nuestra arcilla
en moldes inhumanos,
los que hacen herramientas de las vidas;
quién acogerá las excepciones,
quién será de lo diverso garantía?

¿Quién nos librerá de la ortodoxia,
quién nos sacará de la estadística,
quién sobrevivirá al sistema, si muere la Utopía?

CIENTO CUARENTA Y CUATRO

Nos tempos presentes
quando a esperança é tão efêmera
e vive em desencanto diluída,
quem oferecerá um futuro cobiçado
se morre a Utopia?

Quem descobrirá a poesia
flor entre as sarças
veleiro de papel à deriva?

Quem porá imaginação nos grafitos
- engenho das frases -
que derrube barreiras e recintos?

Por que razão edificante
a polícia fustigará os jovens,
que façanhas relatarão os avôs aos netos
quem defenderá o povo da acção dos políticos
quem restabelecerá o equilíbrio descomposto
quem falará da pessoa
que será da palavra companheiro
quem ousará traçar caminho próprio
quem se oporá aos interesses dos mais interessados
que será da pluralidade de vias,
quem estará de nosso lado
se morre a Utopia?

Quem reduzirá as insuperáveis diferenças
que separam falcões de pombas,
quem amará do homem a sua essência quebradiça
quem semeará a paz, o perdão, a valentia
o amor, a liberdade, a convivência
se morre a Utopia?

Quem impedirá que dêem forma à nossa argila
em moldes inumanos
os que fazem ferramentas das vidas?

Quem acolherá as exceções
quem será do diverso garantia
quem nos livrará da ortodoxia
quem nos tirará da estatística,
quem sobreviverá ao sistema
se morre a Utopia?

CIENTO CUARENTA Y CINCO
Obstinada,
lógica e inexorable economía,
eres tú la porfiada adversaria que tanto
empeño
pongo en esquivar.

Descabalgo de un pura sangre en el ti vivo
para detener los daños de la globalización en su triple
vertiente:
obreros abandonados en la orilla,
venenos disueltos en el agua,
peces inconcebibles que la radiactividad ha transmutado.

Ante la ingente tarea emprendida
y a falta de resultados prácticos,
me descuelgo del aparato productor,
como elector dimito:
no quiero ser
-en ninguna medida-
del los errores responsable.

Subo al quinto piso de la montaña erguida
proclamando la realidad de mi inocencia,
y desde allí contemplo el agitado panorama
de la desordenada vida diaria.

Para librarme de la ciénaga que engulle
y defender el esplendoroso logro de mis sueños,
escribo poemas de renuncia a mis derechos
y breves
panegíricos a la minoría insurrecta,
seres de notoria magnificencia que una mañana osaron
salir de la fila y situarse al lado de los débiles.

Si no difundo los trabajos
ni llego a conclusiones que reclamen militancia,
la tradición respeta mi retiro,
la sociedad de mercenarios entiende mi aislamiento;
soy una pieza malograda,
mi enfermedad es pacífica locura
y el incruento suicidio no mancha la alfombra
ni arrastra al caer el jarrón de porcelana.

Sirviéndote del cable telefónico
o de las ondas moduladas,
economía insatisfecha,
apareces y turbas mi paz con las últimas noticias:
"El ministro ha inaugurado un nuevo tramo de autovía,
la bolsa gana cuatro enteros y el grifo del lavabo aún gotea".

Preguntas a la nueva etapa de mi vida
a cuánto se cotiza la línea esta semana,
midiendo la utilidad de los quehaceres
por el beneficio inmediato que procuran,
ya se trate de zurcir calcetines o de ahogar suspiros.

Sufro, y mi corazón se agita de agonías,
entorpeciendo el fluir de los versos,
de los relatos cortos,
fugaces biografías ejemplares.

La angustia da mordiscos de alquileres,
de recibos impagados;
la economía alcanza la azotea
y me veo pernoctando
en el pasillo que une por debajo
las dos riberas de la calle.

Considerándome aún entre los favorecidos
me acomodo sobre embalajes de artefactos caros:
una lavadora que seca y plancha las arrugas,
un frigorífico de dos puertas que sustituyó al inservible,
cuando el frío escapaba por las juntas
al perder hace meses su hermetismo.

No me alcanzarás, insistente economía,
con las flechas indicadoras de una realidad penosa:
tarjetas de crédito agotadas,
la inesperada subida del ipecé de mayo
o la declaración positiva de la renta.

Aquí -paso subterráneo tan temido,
donde huele fuertemente a orines-
de tu acción devastadora estoy a salvo.

CIENTO CUARENTA Y SEIS
Chubasco, chaparrón, nubada:
se oye el murmullo de la lluvia en los cristales,
dilatadas pupilas de la casa;

rítmico repiqueteo, monótono, insistente,
furioso en ocasiones, sosegado a veces.

Como si se tratara de esas aves viajeras,
que emprenden el periplo migratorio,
preludios de invierno o primavera;
como estorninos dispuestos a iniciar sus vuelos acrobáticos,
las diminutas gotas se esperan atadas las unas a las otras,
unidas a las tejas del tejado,
al vidrio asidas, sujetas a las resplandecientes hojas
de los chopos erguidos en el llano.

La ley reprocha su conducta,
restringe valiosas libertades,
y las gotas reclaman
su derecho a reunirse y concentrarse.

Cuando su número basta
y llega al peso crítico el volumen congregado,
ventana abajo se deslizan raudas
pared o tronco abajo,
hacia la horizontal impávida, tonos grises o pardos.

Refresca el bochorno dominante,
el aire aligera su presencia
y en el precipitado ataque,
recelosas se estrellan
-tierra, piedra o follaje-
contra un suelo que opone menguante resistencia.

Cesa el repiqueteo,
el susurro acompasado declina,
y las gotas gruesas
-suma de la suma de las más exiguas-

extenuadas, abatidas, enfermas,
reúnen en charcas dispersas sus fuerzas rendidas.

Llegan de aquí y de allá, de todas partes;
se juntan, forman balsas y lagunas,
se multiplican, rebosan, invaden
y en la reguera gestante de hostilidad y furia,
incorporan el valor a una marcha imparabile.

Descienden por la calle empujando obstáculos,
rompiendo presas,
abriendo caminos, izando cayados,
hoces, horcas, podaderas,
picas, guinchos y dalles;
con el bronco canto de los rebeldes
que labran su propio cauce.

CIENTO CUARENTA Y SIETE

Quiero enseñar a mis nietos:

Judith

Óscar y Sergio,

el trabalenguas de los puntos de vista,
un trabalenguas que repetíamos los niños,
jugando en el arrabal a las cuatro esquinas.

Los malos de los buenos son los buenos de los malos,
los buenos de los buenos son los malos de los malos,
los malos de los malos son los buenos de los buenos,
los buenos de los malos son los malos de los buenos.

Y luego están los hombres libres,
los independientes y sus mezclas,
y los que ven las cosas claras;
desenredando la madeja.

CIENTO CUARENTA Y OCHO

Corteza,
manto y núcleo,
traslación y rotación;
la Tierra va perfeccionando su rutina
entre inestable equilibrio y juegos malabares.

Perro atado al árbol,
ramal que se enreda y desenreda;
habiendo recorrido en círculo o en elipse
cinco mil millones de años,
no puede impedir nuestro planeta
que la economía de mercado,
eufemismo del dinero caníbal,
lo suelte del amarre espacial y lo convierta
en marioneta de su dedo,
nuevo centro del girar inacabable.

Con su sólo influjo
la economía de mercado originó
la deriva de los continentes;
con su sólo influjo
mueve a intervalos medidos las placas tectónicas;
y con su solo influjo
aviva volcanes y seísmos,
aparentes catástrofes naturales
que la misma economía de mercado
aprovecha para sacar un buen pellizco.

En los tiempos de Pangea
el Algarbe acariciaba los cayos de Florida
y el peñón de Ifach penetraba en las tierras vírgenes
de la Guinea africana.

La unión hacía fuertes a los espacios todos
y la perseverante economía de mercado
nada podía contra ellos.

Fue entonces
cuando buscó soluciones y acuñó el dicho:
“separa y vencerás”,
obrando en consecuencia.

Empuje,
arrastre y obstinación:
a enviones consiguió separar los territorios.

Y hay más:
en las noches oscuras del trópico,
sirviéndose de obreros mal pagados,
la economía de mercado arranca el magma
del puro núcleo, y lo lleva a la corteza
para venderlo de madrugada en lonjas clandestinas
subastado al alza.

La economía de mercado tiene prisa
y acelera el paso del Universo;
de modo que cuanto ocurría antes en milenios
ahora ocurre en décadas.

Se producen así múltiples imperfecciones
que la economía de mercado
subsana a buen precio.

Mientras,
lo que ha de morir
muere y alimenta a lo vivo,

a su vez pasto,
sin saberlo o sabiéndolo,
de la economía de mercado y de sus fechorías,
algunas de dominio público
y otras más,
ignoradas por desconocidas:
silencio de muchos.

CIENTO CUARENTA Y NUEVE

Hambre,
hambre,
hambre;
dos sílabas apenas,
y truncan el devenir del hombre.

Agente o paciente
ahondan la escisión del hombre
borran los caminos del hombre
desangran
el corazón del hombre.

Tan sólo dos sílabas y desdicen,
invalidan,
desautorizan, rechazan,
anulan,
revocan
niegan al hombre.

CIENTO CINCUENTA

Fome,
fome, fome;
duas sílabas apenas
e rompem o fluir do homem.

Agente ou paciente
aprofundam a cisão do homem
apagam os caminhos do homem
dessaingram o coração do homem.

Tão só duas sílabas e desdizem
invalidam
desautorizam, rejeitam
revogam
anulam
negam o homem.

CIENTO CINCUENTA Y UNO

Uno, dos, siete,
treinta y cinco;
seis mil ochocientos cuatro,
doscientos treinta mil trece;
es el conteo incesante de una realidad trágica,
la estadística incompleta de los obreros muertos en el tajo,
el sumario de la necesidad humana,
la prueba del nueve de la sumisión.

Las funciones lineales,
los índices y los intervalos
nacen de un pacto entre el poder y los números;
y los obreros muertos en el tajo
pueblan la realidad bastarda de los análisis cuantitativos
de los diagramas de flujo
de las hojas de cálculo y de la probabilidad elemental.

Pero dónde están los huérfanos,
dónde las viudas de los obreros muertos en el tajo;
qué ocurre con los padres y hermanos,
qué hay de los familiares, de los amigos y compañeros;

y de todos cuantos amamos
aquí, allá y acullá,
a los obreros muertos en el tajo.

Multitud dispersa,
nos cierra su puerta la estadística.
Quedamos fuera del cómputo de mutilados,
de los gráficos aritméticos,
de las hojas de cálculo y de las previsiones excedidas.

Miembro activo de esta sociedad desnivelada,
trabajador de la pluma y de la difusión de ideas,
yo, Pedro Sevylla de Juana,
solidario con el segmento de población más desprotegido,
exijo mi inclusión en el recuento de perjudicados,
en las curvas de frecuencias,
en las oscilaciones
y en el inventario de cifras:
uno, dos, siete, treinta y cinco;
seis mil ochocientos cuatro,
doscientos treinta mil trece;
junto a los obreros muertos en el tajo.

CIENTO CINCUENTA Y DOS

Um, dois,
sete,
trinta e cinco
seis mil oitocentos,
duzentos e trinta mil e treze;
é a contagem incessante de uma realidade trágica
a estatística incompleta dos operários mortos no trabalho
o sumário da necessidade humana
a prova dos nove da submissão.

As funções lineares,
os índices e os intervalos
nascem de um pacto entre o poder e os números;
e os operários mortos no trabalho
povoam a realidade bastarda das análises quantitativas,
dos diagramas de fluxo,
das folhas de cálculo e da probabilidade elementar.

Mas onde estão os órfãos,
onde as viúvas dos operários mortos no trabalho.
Que ocorre com os pais e irmãos,
que há dos familiares,
dos amigos e companheiros;
e de todos quantos amamos
aqui,
ali
e acolá
os operários mortos no trabalho.

Multidão dispersa,
ficamos fora do cômputo de mutilados,
dos gráficos aritméticos,
das folhas de cálculo e das previsões excedidas.

Membro activo desta sociedade desnivelada,
trabalhador da pluma e da difusão de ideias
eu, Pedro Sevylla de Juana,
solidário com o segmento de população mais desprotegido
exijo minha inclusão na recontagem de prejudicados
nas curvas de frequências, nas oscilações
e no inventário de cifras: um, dois, sete, trinta e cinco
seis mil oitocentos e quatro
duzentos e trinta mil e treze;
ao lado dos operários mortos no trabalho.

CIENTO CINCUENTA Y TRES

Piel de reseco pergamino, huesos someros
y una determinación muy firme:
las madres famélicas trabajan la tierra,
trabajan la casa, trabajan los niños;
y suben a sus machos al arrogante infinito.

Mostrando su perfil más agresivo,
mirada provocadora,
orgullosa pavoneo,
los machos se ocupan en el infinito de asuntos de machos:
entelequias de machos,
delirios de machos,
pendencias de machos,
heridas de machos, muertes de machos.
Y las madres famélicas imprecán contra el infinito
portando a sus niños sin padre en los brazos.

Entereza y aguante,
las madres famélicas,
reprimidas por el mudo estoicismo
urgidas por la obstinada intransigencia,
trabajan el sustento,
trabajan la ropa y el cobijo;
abriendo su corazón magullado
al amenazante infinito.

Agobio y empuje, las madres famélicas
traicionadas por el engañoso destino
trabajan la mañana, trabajan la tarde, trabajan los sueños;
y trasladan al sañudo infinito
a sus hijos famélicos.

La mirada inquieta,
inquisidora, profunda, selectiva
busca en el infinito las terribles respuestas:
inquiriendo los enigmáticos porqués de la vida,
escudriñando los pliegues ocultos de la dura existencia
hasta averiguar lo que sigue a la muerte y la culmina.

En el infinito agonizan los frutos agraces de su fértil seno
y las madres famélicas de mirada ausente
sin machos ni esperanza, con muchísimo respeto
recogen en sus bocas sin apenas dientes
los infantiles suspiros postreros,
abren tumbas en los propios vientres
envientran a los hijos muertos,
y en el infinito se quedan para siempre.

CIENTO CINCUENTA Y CUATRO
Resistência arraigada no cansaço
as mães famintas trabalham a terra,
trabalham a casa e os filhos;
e sobem a seus machos
ao arrogante infinito.

Mostrando seu perfil mais agressivo
ocupam-se os machos no infinito de assuntos de machos:
delirios de machos
pendências de machos
feridas de machos
mortes de machos.
E as mães famintas voltam do infinito,
com seus filhos sem pai nos braços.

Reprimidas pelo calado estoicismo
impelidas pela obstinada intransigência

as mães famintas trabalham o sustento,
trabalham a roupa e o abrigo;
e dirigem os olhos abertos
ao alto do ameaçador infinito.

A visão inquisidora, profunda, seletiva
procura no infinito as terríveis respostas:
indagando os enigmáticos porquês da vida
esquadrinhando as dobras ocultas da dura existência
averiguando o que segue a morte e a culmina.

E as mães famintas de pupilas opacas
retornam do perpétuo infinito,
– olhos vãos – sem mirada.

Atraicoadas pelo enganoso destino
as mães famintas trabalham a manhã, trabalham a tarde
e os sonhos;
e levam seus filhos famintos
até ao infinito ignoto.

No infinito agonizam os imaturos
frutos de seu fértil seio
e as mães famintas de olhar ausente
recolhem nas suas bocas os suspiros últimos
abrem tumbas nos próprios ventres
enventram os filhos mortos
e no infinito ficam para sempre.

CIENTO CINCUENTA Y CINCO

No vengo a pedir favor al poderoso
no pretendo llenar la escudilla del hambriento
no busco alargar su sufrimiento
estirando la agonía y el oprobio.

Vengo a decir lo que deben callar los desnutridos
los que juntan unas pocas monedas cada día
los que disputan a los perros la comida
y beben en los charcos ponzoñosos del camino.

Pasto de moscas y ojos
enormes de mirar
desorientado;
los hijos de las madres famélicas nacen raquíticos
hospedan en el vientre un vivero de gusanos
y aferrados al pellejo de los pechos como a odres vacíos
a razón de seis millones cada año
mueren de hambre y desabrigo.

Porque las carencias de los necesitados
arrancan de la mala distribución de la abundancia,
rechazo el inicuo reparto de la riqueza generada.

Porque germinan
las funestas diferencias
en la codicia de la propiedad privada,
rechazo la propiedad insatisfecha
que atesora y acapara.

Porque intelectuales desalmados
se sirven de la filosofía,
de la literatura y del arte
para ayudar al dinero sin reparos
dando la espalda a quienes sufren hambre
rechazo el pensamiento mercenario.

Exijo leyes
que impidan

el acopio de dominio,
magistrados que antepongan la equidad al ideario
tribunales que condenen derroche y desperdicio
una justicia que nivele los escasos derechos de los pobres
con los exiguos deberes de los ricos.

CIENTO CINCUENTA Y SEIS

Não venho pedir favores ao poderoso
não pretendo encher a tigela do esfaimado
não busco alongar o sofrimento
dilatando agonia e agravo.

Venho dizer o que devem calar os desnutridos
os que reúnem uns cêntimos por dia
os que disputam com os cães a comida
e bebem nos charcos peçonhentos do caminho.

Pasto de moscas e olhos enormes
de olhar desorientado;
os filhos das mães famintas nascem raquiticos,
hospedam no ventre um viveiro de gusanos
e aferrados à pele dos peitos como a odres vazios
a razão de seis milhoes cada ano
morrem de fome e desabrigo.

Porque as carências dos necessitados
partem da má distribuição da abundancia,
rejeito a iniqua repartição
da riqueza originada.

Porque germinam as funestas diferenças
na cobiça da propriedade privada
rejeito a propriedade insatisfeita
que entesoura e açambarca.

Porque intelectuais desalmados
se servem da filosofia, da literatura e da arte
para ajudar o dinheiro sem reparos
voltando as costas a quem sofre fome,
rejeito o pensamento mercenário.
Exijo leis
que impeçam o acúmulo de dominio
magistrados que anteponham a equidade a ideologia
tribunais que condenem esbanjamento e desperdicio
uma justiça que nivele os escassos deveres dos saciados
com os mínimos direitos dos famintos.

CIENTO CINCUENTA Y SIETE

Mi grito es el grito del hombre resuelto
macho erguido o hembra valerosa
ciudad y campo abierto
calles, plazas y rondas
valle, ladera o cerro
las manos en altavoz sobre la boca.

Mi grito es el grito
de los habitantes todos del globo terráqueo
siete mil millones de voces
fundidas en sonoro abrazo.

Mi grito es el rugido del tigre y la ballena
de los seísmos y volcanes
el grito de la mar océana,
del viento que inflama las velas de las naves
el alarido del huracán y la galerna.

Mi grito es el grito de la masa vegetal
el grito de araucaria y eucalipto

del cactus del desierto y la majagua del manglar;
un enorme coro que abarca el infinito.

Mi grito es el grito de la tierra y el grito del mar
el grito de las nubes y el azul
la queja cercana y el bramido estelar.
Mi grito es el grito animal
el grito de los árboles y arbustos
el grito de las piedras sin labrar.

Mi grito brota de la desesperación universal
y exige al demiurgo hipotético
sin nuevas perífrasis ni un pretexto más,
que aclare si la marcha imparable de lo aparente y lo cierto
tiene algún sentido y obedece a un plan.

Ese grito es mi grito
y mi garganta no deja de gritar.

CIENTO CINCUENTA Y OCHO
Meu grito é o grito do homem decidido
macho erguido ou fémea valorosa
cidade e campo aberto
ruas, praças e caminhos;
vale, ladeira ou cume,
mãos em megafone sobre a boca.

Meu grito
é o grito dos habitantes todos do globo terráqueo
sete mil milhões de vozes
fundidas em sonoro abraço.

Meu grito é o grito do tigre e da baleia
dos sismos e vulcões

o grito do poderoso oceano
do vento que enfuna o pano das velas
o alarido do turbilhão e da procela.

Meu grito é o grito da massa vegetal
o grito da araucária e do eucalipto
do cato no deserto, do pinheiro no pinhal;
um enorme coro que alcança o infinito.

Meu grito é o grito da terra e o grito do mar
o grito das nuvens e do azul
a queixa próxima e o bramido estelar.

Meu grito é o grito animal
o grito das árvores e dos arbustos
o grito das pedras por lavar.

Meu grito emerge do desespero universal
e exige ao demiurgo hipotético
sem pretexto nem perífrase vã
que esclareça se a marcha imparável do aparente e do certo
obedece a um projeto ou é obra do azar.

Esse grito é meu grito
e minha garganta não deixa de gritar.

Epílogo

CIENTO CINCUENTA Y NUEVE

Buscando una luz que eternos enigmas esclarezca,
en el fondo incontable de la Biblioteca Nacional,
hallé inconcluso el Poema
que escribe sin descanso la vieja humanidad.

Hembra o varón emergidos de la bestia,
vigorosa mocedad, vejez pausada,
cada uno de los múltiples poetas
lanza un grito de esplendor incandescente
o un vagido de amortiguadas tinieblas,
añadiendo al conjunto sus líneas incompletas.

Contradictorios versos del hombre confundido:
en algunos duerme la madre,
los más, liberan breves vuelos de plácidas palomas,
otros muestran afilados los cuchillos;
mientras que en numerosas excepciones
culebrean serpientes de extravío.

Hay cantos humanos atribuidos a Whitman,
americano del Norte como Eliot y Pound;
al sureño Neruda, al español Machado,
a un griego llamado Odiseas, a Yeats el irlandés;
a Ekelöf el escandinavo,
a los franceses Rimbaud y Baudelaire.

Hay poemas que dicen todo de los caminos borrados,
de los pasos perdidos,
firmados por Vallejo, Hierro, Maiakovski, Apollinaire y Darío.

Palabras que resuenan en la bóveda del cielo,
escritas por Pessoa, Rilke, Aleixandre;
Thomas, Hugo, Lorca, Juan Ramón o Montale.

He leído en Gilgamesh, Mahabharata y Ramayana,
profundos y espléndidos pasajes,
que continúan su relato en la Biblia o en los Vedas
y en las inmortales epopeyas de Homero, Virgilio y Dante.

A esas piezas bendecidas se arriman trozos ilegibles,
confusos, sin misterio;
alejados de la belleza,
a la emoción ajenos.

Pero basta examinar con atención el prolongado Poema,
de arriba abajo
y de izquierda a derecha,
para conocer el caminar errante de la tribu,
el zigzaguo,
la desencantada huída
y el esperanzado regreso.

Yo añadido estos versos a los tuyos,
escritos en papel pautado,
en los blancos muros,
en el agua clara y en la suave arena;
para alargar el Poema interminable
que escriben los poetas,
conocidos y anónimos de todos los tiempos,
de todas las razas y creencias.

